

ESCLAVOS DE LAS MUJERES

ray lester

CIENCIA FICCION



ESCLAVOS DE LAS MUJERES

ray lester

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

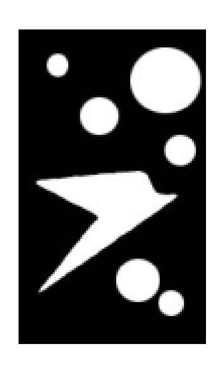
RAY LESTER

ESCLAVOS DE LAS MUJERES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 330

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 40.152 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: diciembre, 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

Obedeciendo instrucciones, Gene Brody abrió lentamente los ojos y apenas se habían convertido en estrechas rendijas tuvo que cerrarlos a toda prisa de nuevo.

—Repite la misma operación varias veces, Gene.

Era la voz femenina que ya resultaba familiar a sus oídos.

Sin embargo, seguía flotando en una nube de total ignorancia, aunque su cerebro ya empezaba a coordinar algunos pensamientos sueltos sin ninguna ligazón entre sí. Por más que se esforzaba, no lograba averiguar nada relacionado con el pasado.

La misma voz femenina volvió a decir en tono de fastidio:

—Vamos, Gene, deja de pensar en tu pasado y obedece mis instrucciones. No te preocupes, que voy a ponerte al corriente tan pronto estés en condiciones de escucharme.

Brody obedeció y fue abriendo y cerrando los párpados a breves intervalos. Cada vez era mayor el tiempo que podía mantenerlos abiertos y al fin, aunque de forma intermitente, pudo ver a la

propietaria de la voz que no había dejado de hablarle en los últimos días.

Se trataba de una mujer joven, de cuerpo armonioso y bellas facciones, algo duras en aquellos momentos. Vestía una faldita corta de material plástico y un extraño jersey azul que dejaba al descubierto sus hombros y el inicio del turgente busto, y la parte inferior del torso.

Brody quedó finalmente con los ojos abiertos, mirándola. Ella forzó una sonrisa que a él se le antojó impersonal.

—Bien venido a lo que queda del mundo, Gene.

Brody guardó silencio y continuó con la mirada fija en ella.

—Mi nombre es Liris, Gene. Puesto que puedes hablar quiero que me digas lo primero que te venga a la mente.

Hubo un largo silencio y Brody habló con una voz ronca que a él mismo le resultó extraña de escuchar.

—¿Dónde estoy?

—Esa es una buena pregunta. ¿Otra cosa?

—Por el momento me basta. Quiero saber Lo que ha ocurrido.

La muchacha llamada Liris se inclinó ligeramente sobre el lecho donde se hallaba Brody y clavó en él una mirada penetrante.

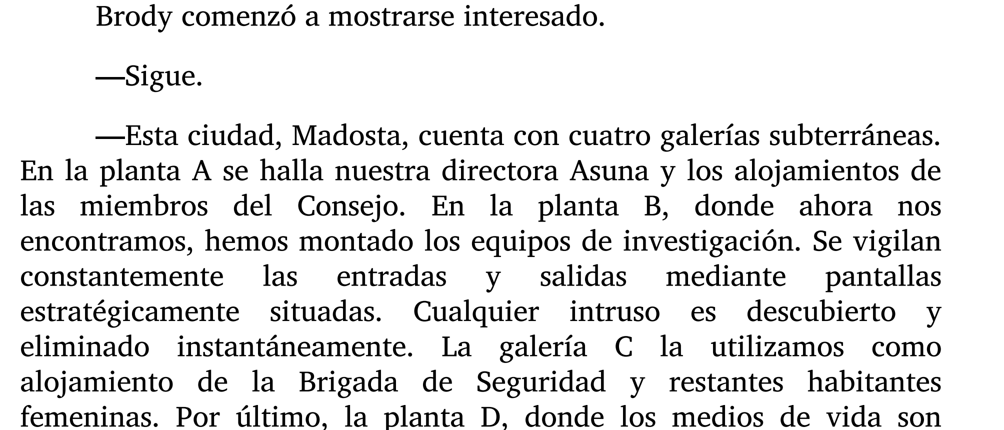
—¿De verdad no puedes recordar nada, Gene?

—Algunas cosas incoherentes Nada positivo.

—De acuerdo, Gene. Yo te pondré al corriente.

Hizo una breve pausa y después de incorporarse y dar unos pasos por la estancia de blancas paredes de plástico opaco, se detuvo y comenzó a decir:

—Para empezar te diré que te encuentras en una ciudad subterránea de seis mil habitantes. Cinco mil quinientas mujeres y quinientos hombres. Ni qué decir tiene que Madosta se encuentra controlada, dirigida y rígidamente vigilada por nosotras las mujeres. Hace muchos años que dejamos de confiar en los hombres como seres superiores regidores de nuestros destinos. Ahora, en Madosta, el hombre es un animal domesticado que obedece ciegamente nuestras órdenes.



Brody comenzó a mostrarse interesado.

—Sigue.

—Esta ciudad, Madosta, cuenta con cuatro galerías subterráneas. En la planta A se halla nuestra directora Asuna y los alojamientos de las miembros del Consejo. En la planta B, donde ahora nos encontramos, hemos montado los equipos de investigación. Se vigilan constantemente las entradas y salidas mediante pantallas estratégicamente situadas. Cualquier intruso es descubierto y eliminado instantáneamente. La galería C la utilizamos como alojamiento de la Brigada de Seguridad y restantes habitantes femeninas. Por último, la planta D, donde los medios de vida son realmente pésimos, se encuentran los quinientos hombres.

Gene Brody compuso una mueca.

—No dais ninguna oportunidad a los varones, ¿eh, Liris?

—No la merecen. Sólo los empleamos para evitar la extinción de la raza, ¿me comprendes?

Gene Brody esbozó una suave sonrisa.

—Creo que sí. Después de todo, no podéis prescindir totalmente del hombre. Las necesidades fisiológicas...

—No te equivoques, Gene —lo cortó con seco ademán Liris—. Hace unos cincuenta años que las necesidades orgánicas fueron controladas a voluntad propia, y lo mismo ocurre con la natalidad. Eso nos permite mantener idéntica proporción de hombres y mujeres dentro de la ciudad.

Brody frunció el ceño.

—Eso es nuevo para mí.

—Me temo que todo será nuevo para ti, Gene. ¿No te interesa saber tu procedencia?

—Ahora te lo iba a preguntar.

Hubo una nueva pausa y Liris explicó:

—Hace ciento cuatro años tu cuerpo fue hibernado, mejor dicho: tu cadáver. Padecías una enfermedad incurable en aquellos tiempos y el gobierno de la Tierra ordenó tu hibernación después de tu muerte. No te debes extrañar, puesto que la hibernación de cadáveres se inició

hace varios siglos. Creo que en el siglo XX ya se llevaban a cabo algunas hibernaciones, aunque de una forma primitiva. Los motivos que se explican en tu ficha para haber procedido a la hibernación de tu cadáver, son que eras un científico que prometías mucho en aquellos tiempos. A pesar de tu edad.

Gene Brody escuchaba perplejo a la muchacha.

Esta sonrió, sarcástica.

—No te preocupes por la enfermedad que debía haberte llevado a la incineración. Fue superada hace ya bastantes años y te encuentras totalmente curado. Se puede decir que tu vida quedó paralizada a los treinta y un años y ahora vas a reanudarla con toda normalidad.

En la mente de Brody comenzaron a tomar formas algunos pensamientos que lo habían estado torturando. Súbitamente comenzó a recordar una parte de su pasado.

—Mi enfermedad…

—Te he dicho que no debes preocuparte por ella. Nos hemos ocupado de curarla antes de hacerte volver a la vida.

Gene Brody dejó transcurrir lentos los segundos. Luego inquirió con aire preocupado:

—¿Por qué una ciudad subterránea, Liris?

—Eso os lo debemos a vosotros, los hombres, y a vuestra avanzada civilización. Conseguisteis contaminar la atmósfera de tal forma, que millones de personas se asfixiaron en todo el mundo. No quedó oxígeno sobre la corteza terrestre… sólo gases letales.. Luego llegaron las terribles epidemias como una consecuencia más de los gases que se adherían a la superficie del planeta. Causaron verdaderos estragos… Fue algo horrible.

—¿Cuándo ocurrió eso, Liris?

—Hace ochenta y cuatro años. Y seguimos condenados a vivir en Madosta, porque ignoramos si los gases letales han sido barridos de la superficie de la Tierra.

Gene Brody tenía el ceño arrugado.

—Si hace ochenta y cuatro años, tú no podías…

—La inmensa mayoría de las personas que vivimos actualmente

en la ciudad hemos nacido posteriormente a la tragedia —explicó Liris comprendiendo adonde quería ir a parar Brody—. Pero eso nada tiene que ver para que conozcamos con todo lujo de detalles lo ocurrido.

Brody dio una lenta cabezada.

—Ya.

—¿Puedes comprender ahora nuestro odio a los hombres? —inquirió la muchacha con cierta fiereza—. Creo que está justificado el trato de animal domesticado que les aplicamos, ¿no?

Gene Brody no respondió a la pregunta. Por el contrario, indagó a su vez:

—¿Cómo pudo llegar a crearse esta ciudad subterránea a tiempo de evitar la catástrofe?

—El padre de nuestra directora Asuna fue un científico de visión futurista. Se adelantó en unos años al final del mundo y pudo construir Madosta en secreto, ayudado por varios centenares de amigos que luego se refugiaron en la ciudad. A la muerte del padre de Asuna sobrevino la rebelión de las mujeres. El hombre no tenía ningún derecho a seguir ejerciendo su mandato. Los supervivientes fueron confinados en la galería D y allí continúan. Cuando muere uno de ellos, dejamos que nazca un varón y lo enviamos abajo, ya apenas quedan algunos de los primeros que entraron en la ciudad al principio.

Gene Brody se masajeó el mentón.

—¿Hay otros supervivientes en el mundo?

Liris compuso una mueca escéptica.

—¿Cómo podemos saberlo? —preguntó—. En Madosta disponemos de todos los adelantos científicos, excepto de aparatos de comunicación. Aunque estamos convencidas de que no existe nadie más con vida. Ninguna clase de vida, animal ni vegetal.

Brody seguía en actitud meditativa.

—Hay algo que no encaja, Liris.

—¿El qué?

—Si es cierto que tanto odiáis a los hombres..., ¿por qué he sido sacado de la hibernación y curado?

Ella dejó escapar una risita no exenta de crueldad.

—Eso lo vas a saber muy pronto, Gene. Por fortuna, el padre de Asuna ordenó que algunos cadáveres que se hallaban hibernados fuesen trasladados al interior de la ciudad. Todos las personas de cerebros privilegiados que pudieran sernos útiles llegado el caso.

—Y el caso ha llegado, ¿eh, Liris?

—Exactamente, Gene. Y para ti quizá hubiera sido preferible continuar hibernado.

—¿Tan grave es lo que me espera?

—No te lo puedes imaginar. Ahora será mejor que te levantes y me acompañes.

Brody respingó sobresaltado.

—Estoy convaleciente…

—No seas idiota, Gene —lo interrumpió Liris burlona—. Tu convalecencia la pasaste en estado inconsciente. Prueba a levantarte y verás cómo no encuentras dificultad.

Gene Brody se levantó despacio del lecho y comprobó que, en efecto, respondían sus músculos.

Liris le tendía una extraña vestimenta al tiempo que decía:

—Vístete, que nos espera un compañero tuyo de infortunio, Gene.

CAPÍTULO II

Dos muchachas vistosamente uniformadas con falditas color naranja y cortos chalecos marrones siguieron a Liris y Gene por las interminables galerías de la planta. Gene observó que en la cintura enfundaban lo que parecían pistolas convencionales. Posiblemente se trataba de desintegradoras de células.

Finalmente llegaron ante una puerta que se abrió silenciosa al pulsar Liris un resorte electrónico.

—Tienes que esperar aquí, Gene —se limitó a decir la chica indicando el interior con un ademán—. Cuando llegue el momento oportuno se te avisará.

—¿Para qué?

—Lo sabrás entonces, Gene.

Liris emitió una risita.

El joven encogió los hombros y traspasó el umbral. Tan pronto lo hubo hecho, la puerta volvió a cerrarse tan silenciosamente como se abriera y Gene quedó dentro.

De un camastro se levantó un hombre de unos treinta y ocho años, cabellos prematuramente blancos y fuerte complexión. Sus ojos castaños poseían una franca mirada y tendió la diestra a Gene.

—Bien venido al hogar de los condenados, amigo. Mi nombre es Link Williams.

Brody le estrechó la mano.

—Brody. Gene Brody.

Link Williams forzó una sonrisa.

—No me alegra que te encuentres aquí, pero la verdad es que estaba harto de estar solo. Al parecer vamos a pasar una temporada juntos. ¿Te importa que nos tuteemos, Gene?

—En absoluto, Link.

Brody pasó la mirada a su alrededor descubriendo que se hallaban en una celda, por más que quisieran camuflarla de confortable habitación para dos personas. Dio unos pasos por la estancia y se pellizcó el lóbulo de la oreja.

—Tengo una duda, Link.

Williams rió divertido.

—¿Sólo una? Tienes mucha suerte, muchacho. Yo llevo unos dos meses encerrado aquí y tengo una infinidad.

—¿Cómo se abastece de oxígeno la ciudad? Según lo explicado por esa Liris no puede ser filtrado del exterior.

William señaló una rejilla situada en el techo.

—En esta misma planta se encuentran los generadores de oxígeno. No tienen problemas por ese lado.

—¿Y la fuerza energética para los generadores?

—Disponen de ella en abundancia. Esta planta B donde ahora nos encontramos es un gigantesco laboratorio donde viven y trabajan más de seiscientas mujeres. Todos los equipos de investigación y trabajo se hallan en esta planta, y cada una dispone de varias alas con un cometido distinto.

—¿Cómo sabes todo eso, Link?

—Dejé el «invernadero» hace dos meses, Gene. Sí, yo también era un cadáver hibernado hace una porrada de años. Me han dejado pasear por la planta alguna vez. Siempre bajo estrecha vigilancia, por supuesto, pero he podido sacar mis conclusiones.

Hubo un silencio y preguntó Gene:

—¿Qué... profesión tenías, Link?

—Astronauta.

—¿Y has podido deducir lo que pretenden de nosotros estas chifladas, amigo?

Link Williams sacudió la cabeza chasqueando la lengua.

—Puedes llamarlas lo que se te ocurra menos chifladas, Gene. Saben lo que quieren en todo momento y no reparan en medios para conseguirlo. ¿Sabes que en Madosta se encuentran más de cinco mil mujeres y sólo unos quinientos hombres, que son tratados de forma inhumana?

Gene movió la cabeza preocupado.

—Liris me ha dicho algo de eso.

—Los tratan como si fueran animales salvajes.

—¿Has tenido ocasión de verlos, Link?

—Un día pude ver cómo echaban dos cadáveres masculinos dentro del incinerador. El aspecto que presentaban era deplorable a pesar de que rondaban sólo los cuarenta años. Creo que me dejaron presenciarlo intencionadamente.

—¿Qué cargo ocupa esa Liris dentro de la comunidad?

—Es el brazo derecho de Asuna, la directora del Consejo —hizo una pequeña pausa Williams y luego agregó—: Las decisiones se llevan a cabo por votación aunque Asuna tiene la última palabra y el derecho a veto. Te advierto que el Consejo está formado por más de cuatrocientas mujeres de todas las edades. Son las más inteligentes y por lo tanto habitan en la planta A.

—No has contestado a mi pregunta, Link.

—¿Cuál pregunta?

—Te pregunté si habías podido llegar a una conclusión sobre lo que pretenden hacer con nosotros.

Williams encogió los hombros.

—Tengo algunas ideas, pero carecen de base.

Brody tomó asiento en el otro camastro frente a su compañero de encierro y lo miró a los ojos.

—Lo único que parece cierto es que estas mujeres son tan hermosas como crueles, ¿eh, Link?

—En efecto, Gene. Y una cosa...

—¿Cuál?

—Si has pensado en la posibilidad de fugarte, olvídalo. Aunque lograras sorprender a una de las chicas y te hicieras con la pistola desintegradora de células, nada conseguirías. Todas las galerías se hallan vigiladas a distancia y les bastaría oprimir un botón para fulminarte.

Gene Brody enseñó los dientes en ácida sonrisa.

—No creo que lo hicieran, Link...

—Mira, muchacho...

—¿Se iban a tomar tanto trabajo con nosotros para luego eliminarnos por un simple intento de fuga?

Link Williams compuso un gesto utilizando ambas manos.

—Te falta saber que disponen de más cadáveres hibernados, Gene. Debes conservar la calma. Es un buen consejo.

—No lo dudo, Link —asintió Brody—. Pero al parecer viviré unos años de vida que no me correspondían, en realidad es como si hubiese muerto hace decenas de años. Por lo tanto, mi existencia desde el momento en que me sacaron de la hibernación y curaron mi dolencia, se puede decir que es un regalo.

Williams compuso una mueca de resignación.

—La vida siempre vale la pena vivirla, Gene.

Brody se puso bruscamente en pie y comenzó a pasear furioso por la estancia.

—En ocasiones, no, Link —rebatió, acalorado—. Tengo la impresión de que vamos, a ser utilizados como ratas de laboratorio.

—Seguramente, Gene.

—¿Y puedes quedarte así de tranquilo?

Williams dejó escapar un suspiro y se tendió en el camastro apoyando la nuca en las manos entrelazadas.

—No tenemos otra alternativa, amigo.

Gene lo miró incrédulo.

—¿Cómo puedes hablar de esta forma?

—Escucha, Gene… Hace dos meses que espero impaciente mi destino y creo que los nervios empiezan a fallarme a pesar de que no lo parezca. En un principio pensé que sólo me necesitaban a mí para sus experimentos, sin embargo, he tenido que aguardar dos meses interminables hasta que has llegado tú. Ahora sólo deseo que hagan cuanto antes lo que tengan pensado. La verdad es que no me gustaría tener que esperar otros meses para formar un trío de condenados;

* * *

Transcurrieron cuatro largas y monótonas jomadas.

Una vez al día se abría la puerta de la habitación y doˆ muchachas de la Brigada de Seguridad dejaban alimentos sintéticos dentro. En todo momento evitaban ofrecer la espalda a Gene y éste dedujo que su conversación del primer día con Williams había sido registrada por aquellas diabólicas mujeres.

La primera vez que intentó ingerir aquella especie de gelatina la encontró insípida, imposible de tragar.

Se negó rotundamente a comerla y tomó asiento en su camastro, viendo cómo su compañero de encierro la engullía.

Link hizo un alto y levantó la cabeza mirándolo.

—Esto es una porquería, Gene. No obstante debes habituarte a comerla si deseas sobrevivir.

—No podría, Link. Me produce náuseas.

—Eso ocurre la primera vez, muchacho. Mientras te acostumbres será mejor para ti. De todas formas, acabarás comiéndola, tarde o temprano.

Brody pensó que Williams tenía razón. O se declaraba en huelga de hambre y moría de inanición, o acabaría comiendo aquella bazofia antes o después.

El segundo día de cautiverio los alimentos sintéticos le resultaron algo más pasables que el primero. El tercer día casi llegó a comer aquella gelatina con normalidad.

—¿De qué estará hecho esto, Link?

Williams encogió los hombros.

—No me preocupa demasiado. Lo importante es que posee las proteínas necesarias.

—Pero es una porquería.

—No estamos en un hotel de lujo, Gene. Según me aseguraron hasta la propia Asuna come lo mismo que nosotros. Supongo que no deben tener mucha variedad en la ciudad.

Hubo un silencio entre los dos y acabó rompiéndolo Brody.

—No dejo de pensar en la forma en que piensan utilizarnos esas mujeres, Link. Presiento que no será para nada bueno, sabiendo el concepto que tienen formado del hombre.

Williams movió la cabeza lentamente.

—De eso puedes estar seguro, Gene. ¿Sigue en tu mente la idea de intentar la fuga?

Brody le miró interesado.

—¿Por qué lo preguntas, Link? Ya debes haber supuesto que nuestra conversación está siendo grabada.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la forma de actuar de las chicas de la Brigada de Seguridad. Desde que hablamos el primer día no se han descuidado en ningún momento conmigo.

Williams encogió los hombros.

—Pues no lo entiendo, porque intentar la fuga significa la muerte segura. Y desde luego no creas que vayan a dudar contigo por mucho que te necesiten y por muy buen científico que seas, Gene.

Brody habló en tono grave.

—He descartado la idea de escapar, Link.

—Has comprendido que sería una solemne tontería, ¿eh?

—No es eso, Link. Antes te dije que no cesaba de darle vueltas en la cabeza a la forma en que piensan utilizarnos. En realidad deseaba saber si tú habías llegado a la misma conclusión que yo.

Williams arqueó las cejas mirándolo.

—¿A qué te refieres, Gene?

—Vamos a colocar en orden nuestros conocimientos relativos a la ciudad subterránea, Link —empezó a decir despacio Gene—. Sabemos que se trata de un imperio dominado por mujeres que odian a los hombres. Sin embargo, se han tomado una serie de molestias con nosotros dos y nos dispensan un trato especial.

—¿Adonde quieres ir a parar?

—Sigamos —continuó diciendo Brody—. Vamos a dejar de lado que pueda existir una fuerza energética inagotable que sirva para hacer funcionar los generadores de oxígeno al caudal necesario. Eso lo dudo mucho a menos que el descubrimiento se haya llevado a cabo durante nuestra... ausencia. Madosta es una ciudad perfectamente organizada, donde cada mujer tiene encomendada una misión específica y la cumple sin rechistar. Desde la mayoría de habitantes de la enorme planta C, hasta las más inteligentes que rodean a Asuna, respetan ciegamente las decisiones del Consejo. Saben que deben hacerlo si desean subsistir. Por eso una parte de esas mujeres trabajan en la planta B siguiendo un ritmo de producción en los laboratorios y por eso trescientas mujeres de la planta C conviven periódicamente con los hombres para evitar la extinción de la raza, mediante un control riguroso de natalidad que siempre arroje el número deseado de hembras, claro. ¿Me sigues?

Williams sacudió la cabeza.

—No del todo.

—Pues está bien .claro, Link... —sonrió desganado Brody—. A pesar de la perfecta organización, y de la eficacia de cada mujer en su cometido, las dirigentes de Madosta tienen un problema insoluble.

Su compañero lo contempló cada vez más interesado.

—¿Cuál?

Gene Brody se disponía a responder, pero en aquel momento se abrió la puerta y en el hueco apareció Liris, seguida de dos miembros de la Brigada de Seguridad.

—Ha llegado el momento de que salgáis.

CAPÍTULO III

—Eres un hombre inteligente, Gene.

—Gracias.

—No es un cumplido. Jamás los hago con seres a los que considero inferiores.

Brody miró a la mujer que tomaba asiento tras la alargada y brillante mesa del estrado. Torció los labios y dejó escapar una risita mordaz.

—La inteligencia nunca fue un privilegio exclusivo de las mujeres, Asuna.

Link y él permanecían en pie frente a la directora del Consejo, flanqueados por dos chicas de Seguridad. La hermosa Liris tomaba asiento a la derecha de Asuna y a la izquierda se sentaba una mujer joven y también atractiva llamada Ratna. Con ironía, pensó el joven que los alimentos sintéticos debían ir de maravilla para que aquellas mujeres fueran tan bellas.

Detrás de ellos se encontraban unas cuatrocientas cincuenta mujeres que ocupaban las gradas circulares del vasto salón donde se hallaba reunido el Consejo.

Gene observó que Asuna era una mujer no mayor de cuarenta y cinco años. De rostro un tanto severo, pero no exento de una belleza todavía cercana. En aquellos instantes sus oscuros y penetrantes ojos brillaban clavados en él.

—La tan cacareada inteligencia del hombre sólo sirvió para precipitar el fin de la vida sobre la corteza terrestre, Gene.

Las palabras de Asuna contenían una gran dureza, pero Brody no perdió la calma.

—Perdón, directora... —sonrió inocente—. Aunque debo confesar con pudor que durante los últimos ciento cuatro años no me he interesado demasiado por lo que ocurría en el mundo, creo recordar que en mis tiempos ya habían infinidad de mujeres ocupando altos cargos entre los dirigentes de la Tierra.

Asuna dio un manotazo en el aire.

—Tonterías, Gene. En verdad, y se diga lo que se diga, la mujer siempre estuvo supeditada a la voluntad del hombre.

—En ocasiones, Asuna.

—Siempre.

—De acuerdo —asintió risueño Brody—. Demos por sentado que el hombre fue en todo instante un insensato, y la mujer un pozo inagotable de sabiduría. ¿Se ha reunido el Consejo en sesión, especial para tratar ese tema?

La directora Asuna atirantó el semblante y después de unos segundos, invitó:

—Estabas explicando a Link el problema que tenemos las dirigentes de Madosta, Gene. ¿Te importa seguir con tus explicaciones?

—No faltaba más, Asuna.

—Adelante. Te escuchamos.

Brody posó la mirada en Liris y pudo observar un latente desafío en las pupilas de la joven. Le dirigió una tenue sonrisa indiferente y empezó a decir:

—Aún dando por sentado que tienen energía para hacer funcionar los generadores de oxígeno por tiempo indefinido..., ¿de dónde sacan la materia prima para fabricar los alimentos sintéticos? ¿Es posible que en este habitáculo tan perfectamente organizado puedan existir alimentos sin límites de tiempo?

Asuna siguió mirándolo inexpresiva.

—¿Eso es lo que crees?

—Por supuesto. Estoy seguro que, después de tantos años, se encuentran en dificultades para continuar fabricando alimentos sintéticos... si es que a esa porquería se le puede llamar alimento.

—¿No te gusta?

La pregunta sardónica venía de Liris y respondió Gene:

—Seguro que no. Y a vosotras tampoco, guapa.

—Más respeto hacia este Consejo, Gene —intervino nuevamente la directora con entonación amenazadora—. Puedo hacerte enviar a la planta D con un solo gesto de mi mano derecha.

Gene soltó una risita, dueño de sí mismo.

—Lo dudo, Asuna.

—¿Tratas de desafiarme?

—Trato de razonar con lógica, Asuna. Si se han tomado tanto trabajo con Link y conmigo solamente puede ser debido a que nos necesitan para salir al exterior del habitáculo. Sería absurdo enviarnos a la planta D como simples sementales humanos cuando tienen en la mano sacrificarnos averiguando si ya es respirable el aire de la Tierra.

Asuna entornó los ojos y dio una lenta cabezada.

—Ya dije que eras inteligente, Gene —dijo despacio. Luego agregó enfáticamente—: Has puesto el dedo en la llaga. Es cierto que sólo nos queda materia prima del alimento AT-12 para unos años. Pero no es éste el único motivo por el que deseamos enviar a una expedición fuera de Madosta.

Hizo un breve silencio y prosiguió:

—La verdad es que ansiamos el momento de establecernos sobre la corteza terrestre. En la ciudad disponemos de todas las comodidades, pero la gente empieza a estar harta de permanecer eternamente encerrada. Se han producido algunos casos de rebeldía, sobre todo en la planta C, que aconsejan el envío de una expedición al exterior. Deseamos averiguar si los gases letales han sido barridos a lo largo de estos años. Todas nosotras anhelamos poder contemplar el sol. Sólo tenemos referencias del astro incandescente y todas coinciden en que su contemplación resulta... maravillosa.

Se estableció un pequeño silencio y afirmó moviendo la cabeza el joven científico:

—No tenga duda de eso, Asuna. Según tengo entendido, hace unos ochenta y cuatro años que la Tierra quedó sin óxido, invadida por los terribles gases letales, ¿no es cierto?

—En efecto.

—Entonces, es muy posible que el aire siga siendo irrespirable. Ochenta y cuatro años es un período de tiempo insignificante para limpiar la atmósfera de un planeta.

—¿Es un cálculo exacto o queda margen de error, Gene?

—No puedo saberlo, Asuna. Desconozco la densidad que tuvieron en su día los gases, si la carencia de oxígeno fue parcial o total... Necesitaría conocer el espesor que alcanzaron las capas de gases en torno a la corteza terrestre para poder emitir un juicio, por lo menos aproximado, de la situación en el exterior.

La directora del Consejo asintió gravemente.

—Eso sólo nos deja una alternativa.

Brody emitió un suspiro.

—Me temo que sí.

Link Williams habló entonces por primera vez y lo hizo en tono ligeramente airado:

—Eh, no estarán pensando en enviarnos al exterior, ¿verdad?

Asuna lo miró seria.

—¿Conoces otro medio mejor, Link?

Williams se pasó la mano por la nuca.

—Bueno, en estos instantes... Se podría recoger aire del exterior y analizarlo en los laboratorios.

Brody negó dando una cabezada.

—Eso no nos conduciría a nada positivo, Link. Debido al movimiento de rotación del planeta, puede darse el caso de que los gases letales se hallen concentrados en una gran extensión de kilómetros sobre la misma ciudad subterránea. Sin embargo, en la

parte restante podría haber un aire puro, libre de contaminación. También puede suceder a la inversa y por lo tanto, el único medio de saberlo es saliendo a comprobarlo.

Link Williams dejó escapar un gruñido y guardó silencio.

Asuna volvió a mover la cabeza en sentido afirmativo.

—Me alegra saber que coincidimos en todo, Gene. No se equivocaron al escribir en tu ficha de hibernación que eras un científico con brillante porvenir.

Brody torció el gesto.

—Aún no terminé, Asuna.

—¿No?

—¿Qué le hace creer que estoy dispuesto a colaborar en el proyecto?

La directora del Consejo se puso súbitamente seria.

—No tienes posibilidad de negarte, Gene.

El joven emitió una burlona risita.

—A lo mejor prefiero acabar mis días en la planta D. Después de todo, es menos arriesgado que salir al exterior.

Asuna se disponía a responder, pero se le adelantó Liris con los ojos brillantes de cólera.

—Me encantaría llevarte personalmente a la planta D, Gene.

El joven la miró fijamente unos instantes y después esbozó una sonrisa irónica.

—De acuerdo, fierecilla. Supongamos que accedemos a salir de la ciudad y hacemos el trabajo de inspeccionar el exterior. ¿Crees que resultará sencillo? Porque supongo que querréis nuestro regreso para informaros, ¿no?

Ahora fue Asuna la que dijo:

—Lo tenemos todo previsto, Gene.

—¿Sí? Me gustaría comprobarlo. Necesitamos trajes especiales con botellas de oxígeno acopladas y que tengan una larga duración. Tendremos que recorrer un largo trecho, decenas de kilómetros, y eso

es algo que no puede hacerse en unas horas.

—Disponemos de ropas especiales con cascos plásticos herméticos y botellas de oxígeno incorporadas con autonomía aproximada de veinticuatro horas. Esos cascos van provistos de emisores receptores que les permitirán comunicar entre sí.

Brody se pasaba la mano por el mentón.

—Veinticuatro horas no es mucho tiempo. Tendrá que ser una expedición de corta duración.

—No, Gene —volvió a informar Asuna—. Iréis en un bólido que puede trasladaros de un lado a otro velozmente. Al mismo tiempo, dispondréis de un depósito de oxígeno en el propio bólido para recargar diariamente las botellas individuales. Hemos calculado que la expedición puede prolongarse hasta quince días.

—Así que un bólido.

—Exacto. Construido especialmente para llevar a cabo la exploración del exterior.

—¿Y cómo piensan sacarlo del subterráneo, Asuna?

—También lo tenemos previsto, Gene —sonrió brevemente la directora del Consejo—. Se encuentra en un departamento intermedio entre el techo de esta planta y el exterior. Una vez os encontréis instalados en él cerraremos herméticamente la compuerta inferior y abriremos la superior. Una rampa os llevará fuera y el mismo sistema a la inversa utilizaremos cuando regreséis.

—Ya.

—Quiero informaros de algo más, Gene.

—¿Sí?

—Todo lo que habléis o hagáis una vez en el exterior será escuchado y visto aquí por nosotras.

Brody dio una lenta cabezada.

—Comprendo. Y hasta es posible que llevemos algún artefacto adosado a nuestros trajes por si nos portamos mal. Algo que pueda desintegrarnos mediante un dispositivo accionado a distancia. ¿Me equivoco?

Asuna negó moviendo la cabeza.

—Eso no es necesario, Gene.

El joven científico la miró arrugando el ceño.

—De modo que confían plenamente en nuestro regreso incluso en el caso de encontrar una atmósfera limpia de gases.

—Sabemos que volveréis, Gene.

Brody compuso una mueca.

—¿Para acabar en la planta D cuando ya no sean precisos nuestros servicios...? Por cierto... Si todo sale bien hemos de tener una larga charla relacionada con los hombres de esa planta.

Liris se incorporó y apoyando las manos planas sobre la superficie de la mesa se inclinó hacia adelante.

—¿No te interesa conocer nuestros motivos para estar seguras de vuestro regreso, Gene?

El joven la miró y volvió a descubrir en sus pupilas aquel brillo desafiante que la caracterizaba. Levantó los hombros indiferente y dijo desganado:

—Me lo vas a decir de todas formas, guapa.

—Sí, Gene, te lo voy a decir, por si escondes alguna esperanza en la mente —hizo una breve pausa y añadió burlona—: El bólido es de seis plazas y cuatro de nosotras os acompañarán.

Gene no se mostró sorprendido en absoluto. Antes al contrario, indagó sardónico:

—¿Tendré la suerte de que tú seas una de las cuatro, nena?

—Así es. Para desgracia tuya, Gene.

CAPÍTULO III

El bólido cuyos mandos manejaba Link Williams dejó atrás el rectángulo abierto en el suelo y se elevó varios metros. Abajo, la compuerta se volvió a cerrar herméticamente.

Los seis ocupantes echaron una curiosa mirada en torno.

La atmósfera parecía invadida por una pegajosa neblina que se adosaba a los cristales plastificados del vehículo impidiendo que la visión resultara buena a más de unos veinte metros de distancia.

En el asiento delantero de dos plazas tomaban asiento Link y Gene. Liris ocupaba el situado a espalda de Brody y a su lado se hallaba una de las jóvenes de la Brigada de Seguridad, llamada Hulak. En el asiento final se encontraban otras dos jóvenes que respondían a los nombres de Giny y Gobea.

Las tres eran bellas y de espléndida figura al igual que Liris.

Williams emitió un gruñido dando a entender que no le gustaba en absoluto lo que estaba viendo y preguntó:

—¿En qué dirección enfilo?

Gene ladeó la cabeza ligeramente.

—La jefa Liris tiene la palabra, muchacho.

—Tú darás las órdenes mientras nos encontremos en el exterior —le sorprendió la aludida—. Ya te avisaré cuándo tus órdenes no deban obedecerse.

Brody encogió los hombros.

—Lo mismo da rojo que verde, guapa.

—No vuelvas a llamarme de otra forma que no sea Liris —silabeó la muchacha amenazadoramente—. No te lo voy a consentir.

—De acuerdo, guapa.

Liris apretó los dientes furiosa y Link Williams indagó comenzando a impacientarse:

—¿Por qué no os ponéis de acuerdo y me decís el rumbo a seguir de una vez? Dar vueltas sobre el emplazamiento de Madosta no nos llevará a ninguna parte.

Entonces se escuchó la voz de Asuna procedente de un pequeño emisor instalado en el techo del bólido.

—Teniendo en cuenta el hecho de que nos encontramos cerca de lo que antiguamente fue la ciudad de Los Ángeles, aconsejo seguir hacia el Este. En caso contrario os encontraríais sobre el mar. ¿Alguna impresión de lo que veis, Gene?

—Es pronto todavía, Asuna.

—¿Posibilidad de gases letales?

Brody observó atentamente la neblina que se pegaba a los cristales y movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Desde luego.

—Está bien. Quiero que me mantengáis informada de cualquier anomalía que no pueden captar las cámaras.

Esta vez fue Liris la que respondió:

—Descuida, Asuna.

Brody aplicó un suave codazo a su amigo.

—¿A qué esperas, Link? El punto rojo intermitente del panel te indica el Este.

—Ya lo sé, tío listo.

El bólido partió a moderada velocidad en aquella dirección manteniéndose a unos cinco metros del suelo que parecía calcinado, cubierto de oscuras cenizas.

Después de una media hora de volar sobre la superficie terrestre, no pudieron descubrir el menor vestigio de vida. Las mujeres de Madosta, que jamás habían estado en la corteza terrestre, lo observaban todo con ojos asombrados.

Un rayo sucio de sol se filtraba por entre la neblina y durante unos segundos arrancó débiles reflejos en los cristales plastificados delanteros del bólido. Hulak se echó atrás en el asiento y Liris se puso tensa llevando la mano a la culata.

—¿Qué es eso?

Brody dejó escapar una suave risita.

—Se trata del Sol, guapa. Y será mejor que os pongáis a rezar para que podamos verlo con mayor nitidez y en todo su apogeo más adelante. Sería una buena señal.

Liris atirantó; las facciones.

—¡Te he dicho...!

—Ya lo sé. Que no te llame guapa.

—Escucha, Gene...

La muchacha tenía los puños apretados.

Link había ido aumentando gradualmente la velocidad y el bólido se deslizaba a buena marcha. Gene se desentendió de Liris y advirtió a su compañero:

—No te entusiasmes que nos podemos pegar la torta, Link. Con la visibilidad que tenemos es suicida circular a esta velocidad. Si de repente surge un obstáculo ante nosotros, te Lo tragas.

—Tengo experiencia, Gene.

—¿Experiencia en qué, hombre? Cualquiera diría que hace unas semanas que dejaste de circular.

—De acuerdo, de acuerdo.

Link obedeció y aminoró la marcha.

Después de un corto trecho sin que ninguno despegase los labios, exclamó en el asiento posterior Giny:

—¡Mirad allí...!

Señalaba a su derecha y todos miraron en aquella dirección. Entre la neblina se destacaban las oscuras siluetas de algunos edificios. Parecían silenciosos fantasmas en la lejanía.

Liris fue la primera en romper el silencio:

—¿Es aquello una de vuestras antiguas ciudades Gene?

El joven asintió gravemente.

—En efecto, Liris. Si es que a una ciudad de tan sólo cien años se le puede llamar antigua —dio un leve codazo a Williams al tiempo que le ordenaba—: Gira hacia allí y vamos a echar un vistazo, Link. Me temió que no será agradable lo que veremos, pero no hay otro remedio que hacerlo.

—¿Qué ciudad puede ser, Gene?

—Te lo diré cuando lleguemos, Link.

—Entonces no hará falta que me lo digas.

—Lo siento, Link. No soy adivino.

Williams dirigió el bólido hacia la ciudad y adoptó precauciones aminorando la velocidad casi al máximo. El vehículo se desplazó lentamente y unos minutos después llegaban a los primeros edificios de aquella ciudad en sombras.

Link hizo una mueca de desagrado.

—¿Qué hora será, Gene?

—Hace una eternidad que perdí la noción del tiempo, Link.

—Pero el sol, aunque débil, indica que es de día.

—Eso parece.

—Y sin embargo todo está envuelto por las sombras de la noche. Impresiona ver esto, Gene.

Brody tenía el rostro inexpresivo.

—Ya te dije que no sería agradable, Link. Busca una avenida que sea amplia y métete en ella, luego te aproximas a un par de metros del suelo y ya te indicaré si tienes que detenerte.

Liris mantenía la mirada fija en el joven.

—¿Qué piensas hacer, Gene?

—Todavía no te lo puedo decir. Lo más probable es que tengamos que improvisar sobre el terreno.

—La polución sigue a nuestro alrededor, ¿no?

—Parece que sí.

Los ojos de ella fulguraron coléricos.

—¿Es que nunca puedes estar seguro de nada, Gene? Qué clase de científico eres tú?

Gene Brody apretó con fuerza los maxilares.

—Escúchame con atención, guapa —respiró hondo y prosiguió duramente sin apartar la mirada de ella—. He venido en contra de mi voluntad y no he prometido nada en ningún momento. No soy un mago y es imposible hacer milagros sin disponer de los instrumentos adecuados. ¿Quién te has creído que soy?

El busto de Liris se agitó tumultuoso y las aletas te la nariz palpitaron mientras sus pupilas despedían fuego.

—No te consiento que me hables en ese tono, hombre asqueroso —rugió enfurecida. Aproximó la mano a la culata de la pistola desintegradora de células y amenazó ceñuda—: La próxima vez...

—¡Esta ciudad es Phoenix, Gene! —exclamó de pronto Williams interrumpiendo la discusión—. ¡Dios mío...!

Gene le dio la espalda a Liris y siguió la dirección del brazo de su amigo. Señalaba hacia un indicador en cuya plancha herrumbrosa apenas si podía leerse la palabra: «Phoenix».

Los dos hombres permanecieron largo rato en silencio.

Link buscó una ancha avenida e introdujo el bólido en ella descendiendo hasta casi rozar el pavimento, que a pesar de todo se conservaba en buen estado. Por lo menos en apariencia.

Pero las aceras de la avenida presentaban una visión sencillamente aterradora.

Infinidad de esqueletos humanos en las más grotescas posturas se hallaban diseminados por ellas. Algunos dentro de sus propios bólidos llenos de óxido, con el cráneo apoyado en los mandos. Como sorprendidos por la muerte cuando intentaban escapar de aquel

horror.

El espectáculo resultaba horrendo para los dos hombres.

Link se pasó la lengua por los labios resecos y a duras penas pudo musitar:

—Esto… es espantoso, Gene.

Brody movió la cabeza en sentido afirmativo con frente surcada de profundas arrugas.

Su voz sonó ronca al decir:

—Detente en aquella plaza de enfrente, Link.

Liris inquirió tras él:

—¿Qué pretendes, Gene?

—Hacer algunas comprobaciones.

Ella compuso una mueca de repugnancia.

—Esto no es más que un basurero lleno de muerte desolación. No veo en qué…

El joven científico había crispado los labios y lívido el semblante, la cortó en seco ademán.

—Si vuelves a pronunciar la palabra basurero refiriéndote a esos esqueletos, juro que te hago tragar lo dientes, Liris.

La muchacha también estaba lívida y replicó bruscamente:

—Ellos mismos se buscaron esa muerte.

—La mayoría de esos esqueletos pertenecen a personas que nada tuvieron que ver con el horror que se le vino encima —siguió el joven —. Y tú vas a morderte la lengua antes de pronunciar otra palabra de insulto contra ellos.

Durante interminables segundos ambos jóvenes se miraron fieramente a los ojos.

Finalmente desvió la mirada Liris y dijo secamente

—Prohíbo la detención del bólido.

Entonces volvió a escucharse la voz de la director; Asuna en el

emisor del techo.

—Peleando no podréis llevar a cabo la misión con éxito. En adelante no quiero rencillas, sino colaboración total entre todos. ¿Me explico lo suficientemente claro?

Liris se mordió el labio inferior y después de uno instantes, murmuró:

—Sí, Asuna.

La voz de la directora del Consejo se dirigió más tarde a Brody.

—¿Consideras necesario descender al suelo de esa ciudad, Gene? Antes de que respondas quiero que calibres bien los peligros que podéis correr haciéndolo.

Brody no titubeó ni un segunde.

—Lo considero de vital importancia para el bien de la misión. Es necesario un contacto directo.

CAPÍTULO V

Provistos de aquellos trajes de cierre hermético y rematados por los cascos plásticos que conectaban directamente con la válvula dosificadora de las botellas de oxígeno, descendieron a la calzada de la avenida Gene, Link, Liris y Giny.

Hulak y Gobea esperaron en el interior del bólido el regreso de sus compañeros de expedición.

Tan pronto se encontraron en tierra preguntó Liris a través de su emisor-receptor.

—¿Y ahora qué, Gene?

El joven estaba observando de cerca la oscura neblina que los rodeaba. Tenía la completa seguridad que de poder analizar el aire encontrarían en él millones de partículas.

Link por su parte no dejaba de mirar horrorizado hacia los esqueletos que se encontraban por todas partes de la avenida. Sentía un nudo en la garganta y sus mejillas brillaban al otro lado del plástico de su casco.

Liris tuvo que repetir la pregunta.

—¿Qué haremos ahora, Gene?

Brody levantó levemente los hombros.

—Caminar un rato y tratar de encontrar algo que pueda darnos una pista.

—Una pista... ¿de qué?

—¡No lo sé todavía, infiernos! —masculló el joven—. Ven a mi lado y te la mostraré cuando la encuentre.

Sin esperar que ella hablara echó a andar por la acera.

Liris caminó hasta ponerse a su altura y tras ellos fueron Link y Giny. Después de unos pasos, comentó Liris en un tono suave que sorprendió a Brody:

—Todo esto resulta doloroso para vosotros..., ¿eh, Gene?

El joven se giró y la miró al fondo de los ojos. No pudo descubrir en ellos el menor atisbo de burla y dio una lenta cabezada sin llegar a despegar los labios.

Mientras seguían! caminando, y observando el silencio de él, murmuró la chica:

—Quizá he sido algo brusca, Gene.

Brody paseaba la mirada alrededor.

—Déjalo, Liris. Ante esta tremenda desgracia para la humanidad carece de importancia lo que puedas decir. Me tiene sin cuidado que te muestres dura o blanda.

Los ojos de la muchacha brillaron inusitadamente tras el plástico del casco.

—Te gusta la guerra, ¿eh, Gene?

—Será mejor que te muerdas la lengua antes de seguir diciendo tonterías, Liris.

Ella levantó el brazo y mostró la pistola que tanto ella como Giny empuñaban.

—Puedo desintegrarte, Gene. Te conviene no olvidarlo. En estos momentos somos vistos en pantalla dentro de Madosta, pero no pueden escuchar lo que hablamos.

—¿Y a qué esperas? —inquirió agriamente Gene—. Vamos, dispara y acaba de una maldita vez.

Dicho esto siguió su camino dando la espalda a la chica y sin preocuparse en absoluto de ella.

Phoenix…

Lo que había sido una ciudad pujante, llena de vida, moderna… era ahora un conjunto de edificios muertos, ennegrecidos por el paso del tiempo y la horrible polución. Algunos de ellos en estado ruinoso, amenazando con derrumbarse en cualquier instante.

Esqueletos brumosos emergiendo por doquier dentro de la propia neblina… Muerte y desolación por todas partes.

Resultaba espantoso contemplar aquello y sobre todo adivinar los últimos momentos de la vida que sufrieron.

De repente Link Williams llamó su atención.

—Eh, Gene, echa un vistazo al edificio aquel.

Brody salió de. su abstracción y dirigió la mirada hacia donde indicaba su compañero.

—Ya lo veo, Link.

—Yo diría que son unos estudios de televisión.

—¿Y qué?

—Podríamos husmear en el interior. A lo mejor encontramos algo positivo en ellos.

Brody cabeceó levemente.

—Es una buena idea, Link. Vamos allá.

Seguidos de las dos muchachas se encaminaron al edificio de unas quince plantas donde según los semiderruidos letreros habían existido unos estudios de televisión.

Entraron en el vasto vestíbulo y Gene se aproximó a los ascensores de turbinas aún sabiendo que no iban a funcionar. Pulsó los resortes por el simple hecho de hacerlo y en efecto, no funcionaron. Se giró a las chicas que estaban observando dos blancos esqueletos y transmitió por el emisor-receptor:

—Tendremos que subir andando.

Sin agregar nada más se dirigió a las escaleras.

Fue ascendiendo en primer lugar seguido de los otros tres. Procuró hacerlo despacio para evitar un consumo excesivo de oxígeno

aunque disponían de suficientes reservas.

Los estudios de televisión se encontraban en la planta décima y antes de llegar a ellos aún vieron algunos restos humanos en los pasillos e incluso en los rellanos de las escaleras.

Por fin se encontraron en la planta décima.

Gene penetró en lo que habían sido unos modernos estudios de televisión. Las puertas principales se hallaban abiertas y lo mismo ocurría con las correspondientes a los distintos departamentos. Nuevamente aparecieron esqueletos ante sus ojos.

La mortandad había sido terrible.

Gene hizo un ademán a los otros.

—Que cada cual busque por una parte. Quiero inspeccionar personalmente cualquier cosa que os parezca extraña.

Liris fue a protestar por ser contraria a la separación, pero se contuvo por la mirada que le dirigió Brody.

El joven se adentró por un corredor y fue siguiendo las borrosas indicaciones de las paredes en dirección a la cabina principal de emisiones.

No tardó en llegar a ella y penetró resueltamente en el estudio. Reprimió una mueca de contrariedad al descubrir unos restos humanos tirados en el suelo junto a una mesa. En la superficie de la mesa vio unas cuartillas escritas y dedujo que aquel esqueleto debió pertenecer al locutor que con vergüenza profesional permaneció en su puesto de trabajo hasta el último instante.

Las cuartillas aparecían amarillentas y cubiertas por una gruesa capa de polvo. Al cogerlas Gene entre sus dedos y sacudirlas estuvieron a punto de romperse.

Apenas empezó el joven a leerlas se sintió sacudido por un profundo escalofrío.

> «El Consejo Mundial se halla reunido en sesión continua sin que por el momento sepamos nada concerniente a las medidas urgentes que tomarán. Entretanto las personas siguen asfixiándose en todos los puntos del globo. Tenemos noticias de que sólo en los

Estados Unidos murieron ayer cuatrocientas personas. Algunas de ellas asfixiadas en plena calle. Las ciudades más afectadas…»

Gene dejó caer el papel sobre la mesa con gesto abatido. Podía imaginar el caos, el horrible desconcierto que había cundido entre sus contemporáneos.

Otra de las amarillentas cuartillas fechada tres días después que la primera, decía:

> «Sigue siendo angustiosa la situación en la Tierra. El Consejo Mundial no encuentra una solución al problema y el pánico cunde en todos los continentes. Millares de personas abandonan las ciudades para refugiarse en el campo. Sin embargo, los gases letales se pegan a la corteza terrestre en todas partes. Hablando en argot pugilístico, los científicos han arrojado la toalla. No encuentran una salida al tremendo problema.»

En otra de cinco fechas más tarde leyó Brody:

> «Se recomienda calma a todos los ciudadanos del mundo. Recordamos que todos los habitantes del planeta deben permanecer dentro de sus viviendas. Las fábricas de oxígeno han establecido turnos ininterrumpidos de producción y se están repartiendo miles de botellas por todos los hogares. Es muy posible que el suministro pueda escasear, pero en ningún momento debe cundir el pánico. Recuerden lo peligroso que resulta respirar el aire contaminado de las calles. Y una vez más debemos advertirles que los soldados tienen severas órdenes de disparar sobre los bólidos que circulen sin la debida autorización.»

Tan sólo cuatro días más tarde, el locutor debió emitir un mensaje de una crudeza desgarradora. Gene podía imaginarse la desesperada entonación de su voz al decir:

«El Consejo Mundial ha quedado disuelto en el día de hoy. Lamentamos vernos obligados a dar esta noticia, pero la verdad es que nuestros jefes nos han abandonado, traicionando a los que aún teníamos fe en ellos. Entretanto, se cuentan a miles las personas que a diario encuentran la muerte en las calles de todas las ciudades del mundo. Además de los terribles gases letales producidos por la polución atmosférica, se están extendiendo unas epidemias de efectos devastadores sobre la Tierra. Ignoramos si… será éste el último boletín informativo que podamos transmitir. En todo caso… que Dios nos acoja en su misericordia infinita.»

Gene Brody permaneció un tiempo que nunca podría precisar con aquellas amarillentas cuartillas entre los dedos. De pronto escuchó un leve ruido en la puerta y se giró:

Liris venía hacia él.

—¿Has podido descubrir algo importante, Gene?

—Según desde el punto de vista en que se mire.

—Por favor, deja las divagaciones.

Gene advirtió que el tono de su voz volvía a ser suave y levantó los hombros en gesto de abatimiento.

—Es… como si hubiera vivido los últimos días de la Tierra. Debieron ser terribles.

Liris hizo una mueca de desencanto.

—¿Sólo eso?

—Para mí es mucho, Liris.

—Lo supongo, Pero debes recordar que hemos salido al exterior con el propósito de descubrir las posibilidades de vida que existen en la corteza terrestre.

—Ya.

En aquel instante penetraron en el estudio Giny y Link. El segundo informó a Brody.

—Me he pasado un buen rato comprobando el estado de la emisora, Gene. Ponerla en funcionamiento es una tarea imposible. De poder hacerlo sería una forma ideal de averiguar si existen otros habitantes en alguna parte del mundo. Tienen que existir supervivientes, Gene.

El joven científico tendió las cuartillas a su amigo y éste las estuvo leyendo en silencio. Cuando hubo terminado, musitó:

—Da escalofríos pensar en lo que ocurrió.

Liris intervino entonces preguntando:

—No sería mala idea intentar la reparación de la emisora. ¿Tan difícil os parece?

Brody dio un manotazo al aire.

—Olvídalo. Es sencillamente imposible después de tanto tiempo —hizo una breve pausa y agregó—: Lástima que vosotras no hayáis evolucionado en los sistemas de comunicación. Ahora podríamos lanzar mensajes en todas direcciones.

—No disponemos de técnicos eficientes en la materia.

—¿Qué alcance tienen vuestros emisores-receptores, Liris? —preguntó Link Williams—. Tal vez podríamos intentar la comunicación.

—La distancia máxima que alcanzan está entre los ciento veinte y los ciento cincuenta kilómetros.

—Entonces... si nos alejamos más perderemos contacto con Madosta.

—En efecto.

Hubo un silencio y preguntó Gene mirando a Liris:

—¿Lo consentirás tú?

La chica lo miró fijamente a través del casco plastificado.

—Dependerá de las circunstancias.

—Comprendo —asintió Brody. Después de un silencio que comenzaba a prolongarse, dijo—: Al parecer ninguno de nosotros encontró algo que pueda servirnos. Estamos perdiendo el tiempo.

—Será mejor que regresemos.

—Un momento, Liris —la contuvo Brody—. Ya que nos encontramos en la planta décima no nos costaría mucho subir a la terraza del edificio.

—¿Con qué objeto?

—Desde esa altitud es posible que podamos calibrar mejor el espesor de la capa de polución.

Giny habló por primera vez y lo hizo en apoyo del joven.

—Gene tiene razón, Liris.

Esta dejó escapar un suspiro y levantó los hombros.

—De acuerdo. Vamos.

Nuevamente se pusieron en movimiento y como la vez anterior Gene se colocó en cabeza y fue subiendo despacio los peldaños que llevaban a la terraza del edificio.

No tuvieron dificultad con la puerta y tan pronto penetraron en ella se llevaron una sorpresa.

El aire parecía allí menos contaminado, más limpio. La neblina resultaba bastante exigua en densidad comparándola con la existente en las calles. Sin embargo, seguía habiendo polución en torno a ellos.

Liris cambió una mirada con Gene.

—¿Qué opinas?

—Sigue existiendo peligro aunque podemos decir que es menor aquí arriba.

—¿Cómo podemos comprobar el grado de peligrosidad?

—No hay forma de hacerlo.

—Yo tengo una.

Mientras hablaba, Liris extrajo la pistola desintegrador de células y apuntó con ella a Link Williams.

—Lo siento por ti, Link —dijo pausadamente—. Cumplo órdenes y dispones de cinco segundos para quitarte el casco.

CAPÍTULO VI

Gene respingó sobresaltado:

—¿Te has vuelto loca?

Liris levantó la mano izquierda conteniéndolo mientras con la diestra seguía encañonando a Williams.

—No intervengas en esto, Gene.

Link se había quedado unos segundos mudo de asombro y cuando al fin pudo reaccionar, murmuró:

—Pero... eso puede representar mi muerte, Liris.

La chica compuso una mueca.

—Me limito a cumplir órdenes, Link. No se trata de nada personal, pero en ocasiones es preciso el sacrificio de una vida para la seguridad de las restantes personas.

Gene la acusó rudamente.

—Querrás decir para la seguridad de vosotras, las mujeres, ¿no?

—He dicho que cumplo órdenes, Gene —se impacientó la chica —. Vamos, Link, quítate el casco.

—¡No lo hagas, Link! —rugió Gene adelantándose un paso sin importarle en absoluto las pistolas que empuñaban Liris y Giny—. El resultado será el mismo que si disparan sobre ti.

Luego se giró a las dos jóvenes y habló duro.

—¿Y vosotras acusáis a los hombres de fieras sanguinarias? Sois infinitamente peor que nosotros. Vuestra crueldad inusitada inspirada por el odio sin límites al hombre, os convierte en criaturas endemoniadas. A nadie con sentido común y un mínimo de dignidad se le ocurriría la idea de sacrificar una vida humana de la forma más estúpida que se pueda imaginar.

Liris apretó los dientes y dijo:

—Fue una orden aprobada por unanimidad en el Consejo.

—¡Al diablo el Consejo! —estalló furioso Gene—. Ellas están seguras en el interior de Madosta y nosotros nos encontramos aquí. ¿Crees acaso que seguiré adelante si muere Link ahora? Yo también me quitaría el casco acto seguido.

Williams estaba algo más tranquilo y dedicó una apagada sonrisa a su compañero.

—No te preocupes por mí, Gene. En realidad hace muchas décadas que dejé de existir. De todas formas te doy las gracias...

Levantó Link las manos intentando desprenderse del casco, pero se sintió férreamente sujeto de los brazos.

—¡Quieto, Link!

Brody había saltado a su lado y lo sostenía con una fuerza extraordinaria.

Se giró hacia las dos chicas y dijo:

—Disponemos de otros medios para comprobar la peligrosidad del ambiente sin necesidad de arriesgar la vida de ninguno de nosotros.

Liris estuvo unos instantes sopesando las palabras del joven.

—Hace un momento, cuando te pregunté, dijiste que no había forma de hacer la comprobación.

—Y es cierto —asintió Gene—. Aquí resulta imposible llevar a cabo la prueba.

—¿Adonde quieres ir a parar, Gene?

El joven científico emitió un profundo suspiro.

—Disponemos de un bólido, ¿no? Podemos elevarnos muy por encima de esta terraza y observar si a más altura tenemos menos contaminación. Sólo nos llevará unos minutos hacer la maniobra. El edificio donde nos encontramos debe rondar los cincuenta metros de altitud.

Liris sacudió la cabeza.

—¿Qué altura supones que podemos alcanzar con el bólido?

—Depende del blindaje, pero estoy seguro que superará los trescientos metros.

La muchacha lo pensó brevemente.

Y acabó diciendo:

—Está bien. Supongamos que accedo. ¿Qué ganamos si descubrimos que a trescientos metros de altitud no existe ningún peligro de polución?

Brody replicó sin dudar:

—Empezará a confirmarse una teoría que tengo en mente.

—¿Qué teoría?

Ahora lo pensó un poco el joven antes de contestar.

—Tengo la impresión de que nos hallamos dentro de una gran masa de gases que se han concentrado precisamente en este lugar. Si eso es cierto, puedo asegurar que no más allá de ciento cincuenta o doscientos kilómetros existe aire con un noventa por ciento como mínimo de pureza. Vale la pena intentarlo.

Se hizo un silencio y Giny intervino en favor de Williams:

—No perdemos mucho haciendo la prueba, Liris. Seguimos dominando la situación y siempre estamos a tiempo de cumplir la orden que se votó en el Consejo.

Después de unos segundos pensativa, accedió Liris.

—Perfectamente. Hagamos la comprobación.

Y devolvió la pistola a la funda siendo imitada por Giny que cambió una mirada muy significativa con Link Williams.

* * *

El bólido fue ganando altura conducido por Link. Cada ocupante se hallaba sentado en su lugar y todas las miradas se encontraban puestas en la esfera del altímetro.

Doscientos metros.

La atmósfera que los rodeaba no se diferenciaba gran cosa en densidad de la existente en la terraza. Gene no cesaba de mirar a un lado y otro, intentando encontrar un claro. A pesar de que todos se habían vuelto a quitar el casco plastificado, su frente estaba cubierta de sudor.

Liris le miró el perfil.

—No vamos a tener suerte.

Gene no respondió. Lo mismo que los otros siguió ocupado en hallar un claro esperanzador en la neblina que se adosaba a los cristales del bólido.

Doscientos cincuenta metros.

Link manejaba los mandos con pericia haciendo que el vehículo ascendiera sin precipitaciones. Hacía varios minutos que habían dejado de ver los más altos edificios de la ciudad.

Trescientos metros.

Todos los ocupantes del bólido repartían su atención entre la esfera del altímetro y la observación del exterior. No podían ocultar la tensión que les dominaba.

La frente de Brody se hallaba surcada de profundas arrugas de preocupación y cubierta de sudor. Lo mismo ocurría con Link Williams, que escuchó murmurar a su amigo:

—A partir de aquí sube con más lentitud, Link.

En eso intervino tajante Liris.

—A los trescientos veinticinco metros vuelves a descender, Link. No estoy dispuesta a consentir que volemos en mil pedazos.

Gene señaló el emisor del techo.

—Hemos recabado permiso de Asuna. ¿Lo has olvidado?

—No lo he olvidado, pero dijo hasta unos límites prudenciales, y ya los estamos rebasando.

—Yo opino…

Las palabras de Brody fueron cortadas bruscamente.

De repente el bólido se puso a trepidar yendo de un lado a otro sin control. Link realizó un titánico esfuerzo para dominarlo, pero en una sacudida rodó por el suelo.

—¡Abajo…! —gritó Liris.

Gene saltó por encima del cuerpo de su compañero y se aferró a los mandos. Intentó desesperadamente hacerse con el dominio del bólido, pero éste se hallaba a punto de desintegrarse en el aire y giraba enloquecido sin dejar de trepidar.

El fuselaje empezó a crujir alarmantemente.

CAPÍTULO VII

Cuando todo parecía irremediablemente perdido, cuando el bólido estaba a punto de estallar en pedazos, Gene Brody consiguió estabilizarlo y dejó de trepidar. El altímetro señalaba trescientos diez metros de altitud.

Aferrada al asiento, lívido el semblante, ordenó Liris:

—¡Abajo, Gene!

Brody sostenía con extraordinario esfuerzo los mandos del bólido. Giró brevemente el rostro sudoroso y dijo con voz entrecortada:

—Ni hablar, guapa.

—¡Te estoy ordenando...!

—No tienes nada que ordeñar, guapa —la cortó el joven científico dándole de nuevo la espalda—. Puedo mantener el vehículo a esta altura y desplazarlo lateralmente.

Link Williams se incorporó trabajosamente y preguntó:

—¿Qué te propones, Gene?

—Encontrar el claro volando lateralmente. Quizá estábamos equivocados y debimos hacerlo así en lugar de buscarlo en las alturas. Pronto lo veremos.

—¿Quieres que conduzca yo?

—No hace falta. Yo también puedo conducir .el bólido.

La voz de Liris tronó otra vez conminatoria:

—Por última vez, Gene. Te he ordenado que desciendas.

—Y yo te he respondido que no pienso obedecer.

—Conque no, ¿eh?

—Eso es.

Liris desenfundó rápidamente la pistola desintegradora y apuntó a la nuca de Gene. El joven pareció adivinar lo que estaba pasando aún sin girarse y chasqueó la lengua.

Su voz sonó irónica al invitar:

—Vamos, Liris, ¿qué esperas para oprimir el resorte que acabe conmigo? ¿Acaso tienes miedo de estrellarte contra el suelo si dejo los mandos súbitamente?

La chica apretó los labios pálida de rabia.

—¡Malditos hombres...!

Gene sonrió burlón sin volverse a mirarla.

—¿Qué puedes saber tú de los hombres si estás desperdiciando lastimosamente la vida? Seguro que todavía no has mantenido relación con los desgraciados confinados en la planta D —hizo una pequeña pausa y terminó—: No sabes lo que te pierdes, guapa.

Liris se atragantó. Su rostro estaba congestionado.

—¡Eres un cerdo asqueroso, Gene! —barbotó iracunda—. Lo mismo que los otros hombres.

Brody la miró un instante por encima del hombro.

—Tu odio a los hombres se basa en que no los conoces a fondo, como causa principal, Liris. Sólo tienes en la mente lo que te han enseñado desde pequeña. Te garantizo que cuando tengas la oportunidad de conocer lo que te puede proporcionar un hombre, cambiarás radicalmente de opinión respecto a nosotros.

—Lo dudo mucho.

—Ya hablaremos, llegado el momento —siguió, risueño, el joven —. Ahora será mejor que vuelvas a sentarte y guardes la pistola que

no te servirá para nada. Déjame trabajar en la misión que nos ha traído al exterior de Madosta.

Liris titubeó unos instantes bajo la atenta mirada de sus tres silenciosas compañeras. Finalmente optó por hacer caso a Gene aunque en el interior de su pecho hervía un intenso odio. Pensó que una vez en tierra se encargaría de él.

Entretanto, Brody pidió a su amigo:

—No dejes de buscar en todas direcciones, Link… Cuando menos lo esperemos puede aparecer el claro que buscamos.

—¿Estás seguro de que aparecerá, Gene?

—La esperanza es lo último que debe perderse, Link. Estas pobres mujeres de la ciudad subterránea se encuentran en tan lamentable estado por haber perdido la esperanza en los hombres.

Sus palabras rezumaban una gran dosis de sarcasmo, pero Liris las encajó sin pestañear. Y tanto el odio como los deseos fervientes de venganza fueron creciendo en su pecho.

Después de media hora volando horizontalmente y siempre alejándose de la vertical de la ciudad de Phoenix, se escuchó la voz de Asuna por el emisor:

—Os estáis alejando demasiado. Apenas si podemos captaros a esta distancia.

Brody levantó los hombros.

—Pues vamos a tener que decirnos adiós durante un período de tiempo, Asuna. Voy a continuar alejándome porque creo estar en el buen camino para encontrar una zona desprovista de contaminación que nos permita descender.

—¡Eso no es cierto, Asuna! —chilló Liris levantándose del asiento—. Lo que pretende es escapar.

Hubo un largo silencio y después volvió a escucharse la voz de la directora del Consejo que dijo serenamente:

—En tus manos está que no lo consiga, Liris. Apruebo el plan de seguir buscando una zona limpia de polución al precio que sea, la necesitamos. Quedamos a la espera de noticias.

Y se cortó la comunicación.

Gene cambió una mirada con Liris.

—Ya lo has escuchado, guapa. Seguimos adelante.

—¡Deja de llamarme guapa! —gritó enfurecida la chica—. Es la última vez que te aviso.

—Perdona —rió Brody—. Olvidé que los piropos resbalan por tu suave piel.

El bólido continuó su marcha unos diez minutos más y de pronto exclamó excitado. Williams:

—¡Allí, Gene,...! ¡El horizonte parece limpio de niebla!

Brody miró en la dirección que indicaba nerviosamente su compañero y descubrió que en efecto, la visibilidad era total en aquel sector de la Tierra.

Hizo que el bólido girara en aquella orientación y se giró hacia las muchachas.

—La constancia tiene su premio.

Instantes después dejaban atrás la peligrosa neblina y entraban en una extensa zona en apariencia sin contaminación.

* * *

El bólido se posó suavemente.

Los dos amigos y las cuatro chicas descendieron de él y miraron a su alrededor sin poder ocultar el brillo de admiración que apareció en sus pupilas.

Por la situación del sol en el firmamento calculó Gene que faltaban unas dos o tres horas para el ocaso. Las cuatro muchachas se mostraban maravilladas, profundamente afectadas por el grandioso paisaje que tenían ante sus ojos.

Gene se aproximó a Liris.

—Ha valido la pena, ¿eh?

Ella se limitó a afirmar con la cabeza sin responder.

Link se hallaba tendido en el suelo invitando a las otras chicas a imitarlo. Una hierbecilla verde de unos cuatro o cinco centímetros se extendía como una suave alfombra por todo el contorno. De árboles ni el menor indicio, y pensó Brody que era natural. La vida vegetal había muerto en el planeta y ahora empezaba a renacer.

El horizonte aparecía brillante, diáfano, de un precioso color celeste.

No obstante, todos llevaban puestos los cascos plásticos por indicación de Gene.

Después de una larga pausa, miró Liris al joven.

—¿Crees que pueda existir polución en este lugar?

—No lo creo, Liris —negó Gene—. De todas formas pronto lo vamos a verificar.

—¿Cómo?

—Muy sencillo.

Y antes de que nadie se lo pudiera impedir se desprendió el joven del casco sosteniéndolo en las manos.

Sus compañeros de viaje se quedaron mirándolo asombrados y durante unos segundos todos permanecieron atentos a lo que pudiera hacer Brody. Este respiró hondo y llevó oxígeno a sus pulmones. Sintió una plena satisfacción y volvió a inspirar aire con fuerza.

Después sonrió a los otros.

—Ya os podéis quitar los trajes y el casco, amigos. No existe el menor peligro.

Sus compañeros titubearon unos instantes, pero en seguida siguieron su ejemplo y se desprendieron de los molestos trajes y de los esféricos cascos plastificados.

Liris aspiró aire llenándose los pulmones y su rostro se encendió como una amapola. Lo mismo les ocurrió a las otras tres chicas y Brody movió la cabeza en sentido negativo.

—No debéis hacerlo así. Es preferible que los pulmones se vayan habituando paulatinamente. Vuestros organismos han respirado siempre oxígeno artificial.

Las cuatro mujeres cumplieron las instrucciones de Brody y a los

pocos minutos respiraban con absoluta normalidad.

Por su parte, Link Williams no dejaba de revolcarse por la hierba sin dejar de reír.

—Esto es fantástico, Gene.

—Desde luego, Link.

Liris se aproximó a Gene y lo miró fijamente al fondo de los ojos. El joven pensó que aquella hermosa mujer resultaba desconcertante, porque el tono de su voz fue inusitadamente suave, casi dulce, al preguntar:

—¿Qué hacemos ahora, Gene?

—¿Tengo carta blanca?

—Sí.

—Me alegro de tu comprensión, Liris —hizo una pausa intencionada y a continuación agregó—: Nos alejaremos todo lo que nos permita el bólido por esta zona sin contaminación. Iremos en dirección al Este para averiguar si existen otros sectores contaminados.

—¿No sería conveniente dar la noticia a Madosta?

—Todavía es pronto, además, eso significaría tener que penetrar nuevamente en la neblina. Soy partidario de indagar todo lo posible antes de regresar.

Liris dio una cabezada de conformidad.

—De acuerdo.

—Entonces será mejor que nos pongamos en marcha y aprovechemos las horas de luz solar que quedan. Después buscaremos un lugar donde pasar la noche.

—Gene…

—¿Sí?

—¿Crees que puedan haber supervivientes aquí fuera?

Brody encogió los hombros.

—Eso es muy difícil de predecir, Liris. Yo no viví aquellos terribles días. De todas formas, y a juzgar por las noticias escritas en la

emisora... considero muy improbable que alguien lograra salvarse del caos final.

Ella inclinó la cabeza.

—Debió ser horrible.

Brody arqueó las cejas y la miró con simpatía. Las palabras de Liris demostraban claros indicios de un sentimiento humanitario. Y sin saber por qué se alegró íntimamente de ello.

Alargó la diestra cogiéndola del brazo, pero ella se soltó con cierta brusquedad aunque no dijo nada. El joven forzó una sonrisa y dijo:

—Vamos, Liris.

Ambos se disponían a introducirse en el interior del bólido después de hacer una señal a los otros, cuando sucedió algo imprevisto.

De una vaguada cercana emergió un enorme y repugnante reptil de unos tres metros de largo por uno, aproximadamente, de alto. Parecía una especie de cocodrilo y se arrojó sobre ellos a increíble velocidad.

Liris retrocedió chillando despavorida.

CAPÍTULO VIII

Gene actuó con rapidez y atrapando a la chica de los brazos la obligó a tirarse al suelo eludiendo la primera embestida de la bestia. Sin embargo, no pudo evitar que Liris recibiera un tremendo coletazo en las piernas.

La muchacha fue a parar a unos metros de distancia.

Aquel repugnante bicharraco arrastraba el blanco vientre por el suelo y se movía con una rapidez impropia de su tamaño. Su enorme boca alargada, de desiguales y peligrosos colmillos, era semejante a la de los cocodrilos.

El bicho se encaminó hacia la caída Liris.

Saliendo del asombro en que se hallaban todos inmersos, Hulak reaccionó sacando la pistola dispuesta a disparar los rayos desintegradores al animal.

Gene se percató de ella y le gritó frenético:

—¡No dispares, Hulak!

La muchacha titubeó unos instantes y cuando quiso hacer algo vio asombrada cómo Gene se lanzaba sobre el enorme reptil subiendo sobre su lomo a horcajadas.

Como era de esperar, la bestia se contorsionó violentamente y el joven salió disparado yendo a caer estrepitosamente a varios metros. El porrazo fue enorme, pero Gene se sintió satisfecho porque había logrado su objetivo.

Desvió la atención del reptil que se olvidó momentáneamente de Liris atacándolo a él.

Gene esperó de rodillas la embestida y cuando la bestia estaba a menos de un metro de distancia, con las terribles fauces abiertas, rodó sobre sí mismo, esquivándola.

Entonces gritó a sus compañeros:

—¡Alejaos todo lo posible de aquí!

Ellos dudaron en obedecer la orden, peno Brody les repitió enérgicamente:

—¡He dicho que fuera todos, infiernos!

Link Williams fue en busca de la magullada Liris y ayudándola a incorporarse la alejó de allí obedeciendo las tajantes órdenes de su compañero. Hulak, Giny y Gobea fueron también con ellos.

Sujeta por Williams, musitó Liris:

—Lo matará.

—Me parece que Gene sabe lo que hace —movió la cabeza Link —. Vamos. Alejémonos lo que podamos.

Mientras, Brody escuchaba rugir a la bestia y se disponía a esquivar otra acometida. Para hacerlo se dirigió velozmente en dirección a ella y cuando estuvo casi al alcance de sus fauces fintó con la cintura, desconcertándola.

Consiguió pasar de largo y dándole a las piernas, a toda la velocidad que le fue posible, llegó al bólido y penetró apresuradamente en el interior.

Sin preocuparse de la proximidad del reptil, manejó los mandos y pronto se elevó el vehículo escapando de los dientes afilados que llegaron a rozar levemente el fuselaje.

A tres metros de altitud sobre la bestia meditó Gene que ahora todo dependía de lo que pudiera soportar el blindaje del bólido. A él le parecía lo suficientemente fuerte.

Accionó los mandos y el bólido efectuó una pasada sobre el reptil pegando un fuerte golpe en el lomo de éste. El aullido de la bestia atronó el aire y el bólido traqueteó peligrosamente. Pero Gene rió en mueca salvaje porque supo que había hecho daño a su enemigo.

Intentó una nueva pasada, pero en esta ocasión el bicho lo esperó con la boca abierta dispuesto a lanzar una dentellada. Gene se elevó rápido y en seguida volvió a dejar caer el bólido sobre el lomo del terrible animal.

Esta vez el golpe resultó más contundente.

El reptil se vio desnivelado por el tremendo impacto del bólido y cayó de lado emitiendo unos aullidos verdaderamente aterradores. Quedó boca arriba agitando las cortas patas y mostrando su enorme vientre blanco, incapaz de girarse.

Gene no dejó escapar la ocasión.

Con una de las esquinas inferiores del bólido abrió el vientre de su enemigo efectuando una maniobra llena de pericia y dominio del vehículo, que asombró a sus compañeros.

Luego hizo subir el bólido y esperó a unos cuatro metros sobre el moribundo bicharraco.

Los rugidos de éste se fueron apagando paulatinamente al tiempo que sus convulsiones eran cada vez más débiles. Hasta que llegó el momento en que quedó inmóvil.

Entonces volvió a posar Gene el bólido en el suelo.

Salió del vehículo y se pasó el dorso de la mano por los labios soltando un resoplido.

Link ya estaba a su lado y le daba golpes en el hombro felicitándolo efusivamente.

Por el contrario, Liris lo miró fríamente.

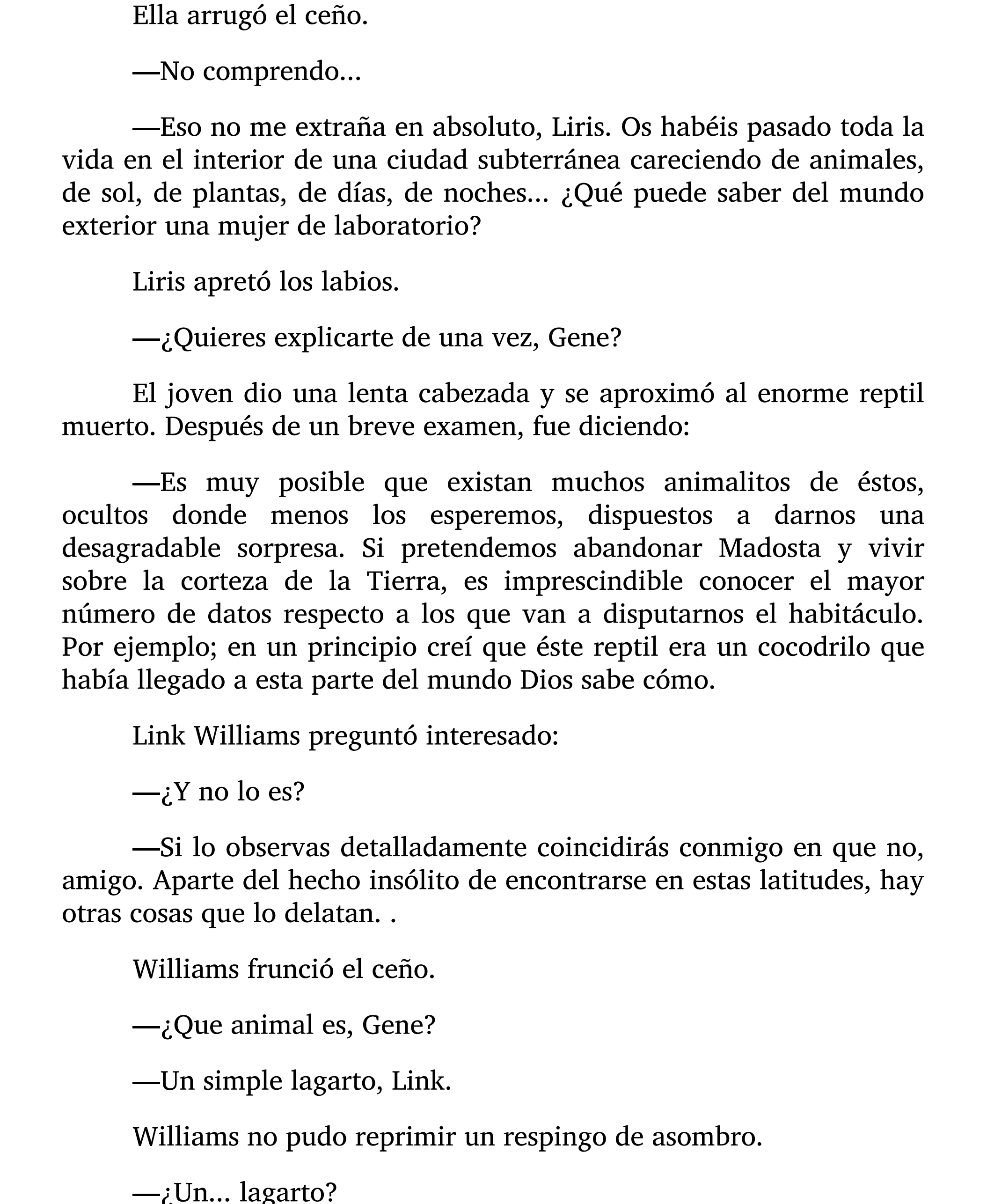
—¿Has deseado hacer una demostración de machismo, Gene?

Brody respingó, sorprendido, al darse cuenta de que la chica volvía a mostrarse áspera, asomando a sus palabras el odio que profesaba al varón. Sonrió suavemente sin apartar los ojos de ella.

—¿Eso es lo que supones?

—No veo otra explicación razonable. Era infinitamente más fácil dejar que Hulak acabara con la bestia.

—¿Desintegrándola? —inquirió, sardónico, el científico—. Me parece fantástico, Liris. ¿Cómo podrías decirme luego la especie de la bestia desintegrada?



Ella arrugó el ceño.

—No comprendo...

—Eso no me extraña en absoluto, Liris. Os habéis pasado toda la vida en el interior de una ciudad subterránea careciendo de animales, de sol, de plantas, de días, de noches... ¿Qué puede saber del mundo exterior una mujer de laboratorio?

Liris apretó los labios.

—¿Quieres explicarte de una vez, Gene?

El joven dio una lenta cabezada y se aproximó al enorme reptil muerto. Después de un breve examen, fue diciendo:

—Es muy posible que existan muchos animalitos de éstos, ocultos donde menos los esperemos, dispuestos a darnos una desagradable sorpresa. Si pretendemos abandonar Madosta y vivir sobre la corteza de la Tierra, es imprescindible conocer el mayor número de datos respecto a los que van a disputarnos el habitáculo. Por ejemplo; en un principio creí que éste reptil era un cocodrilo que había llegado a esta parte del mundo Dios sabe cómo.

Link Williams preguntó interesado:

—¿Y no lo es?

—Si lo observas detalladamente coincidirás conmigo en que no, amigo. Aparte del hecho insólito de encontrarse en estas latitudes, hay otras cosas que lo delatan. .

Williams frunció el ceño.

—¿Que animal es, Gene?

—Un simple lagarto, Link.

Williams no pudo reprimir un respingo de asombro.

—¿Un... lagarto?

—Exacto. Es un lagarto brillante del desierto, como se le llamaba en lenguaje vulgar. Mira el anillo de escamas espinosas en la base de la cola. Un cocodrilo carece de él.

Link Williams se hallaba perplejo.

—Pero... un lagarto...

—Tenía un tamaño insignificante comparado con esta bestia, ¿eh, Link? Me temo que vamos a encontrarnos con un planeta totalmente distinto al que dejamos al morir, muchacho. Ignoro cómo ha podido sobrevivir este animal, o si ha nacido en etapa posterior a la destrucción. Lo cierto es que ha sufrido una importante mutación y de reptil minúsculo, huidizo, oculto en el desierto... se ha convertido en un enemigo considerable para nuestros planes.

Todos guardaron silencio después de las palabras de Brody. Finalmente se pasó Link la mano por el rostro.

—Esto... parece una pesadilla, Gene.

—Puede llegar a serlo, Link.

Liris soltó de pronto una risita irónica y miró alternativamente a ambos hombres.

—¿Estáis tratando de asustarnos? Parece que tenéis muy planeada la manera de meternos el miedo en el cuerpo, sólo que nosotras no nos atemorizamos fácilmente.

Brody compuso una mueca.

—Te supuse más inteligente, Liris.

—Puede que te aventaje, Gene.

—Deberás demostrarlo.

Ambos jóvenes se miraban desafiantes al fondo de los ojos. Liris silabeó amenazadora:

—Ya te llegará el turno de comprobarlo, Gene.

Brody levantó las manos y dejó escapar un resoplido.

—Estamos discutiendo aquí como imbéciles, Liris —exclamó fastidiado—. La realidad es que formamos un grupo y todos nos necesitamos mutuamente.

Ella movió despacio la cabeza en sentido negativo sin dejar de mirarlo.

—Yo no necesito nada que tú puedas darme, Gene.

El joven observó el brillo desafiante en las pupilas femeninas y apretó los maxilares.

—Voy a demostrarte que estás en un error, guapa.

Acto seguido, ante el asombro de los restantes miembros de la expedición, incluida la propia Liris, Gene la atrapó por la cintura y tiró de ella aplastando la boca en sus labios.

La estuvo besando a placer largo rato y cuando la soltó, antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar, la levantó cogiéndola entre los poderosos brazos y masculló:

—Y también voy a darte otra cosa que necesitas y tienes edad de recibir, guapa.

Llevándola en brazos se encaminó hacia unas rocas que podían ocultarlos de los otros miembros.

Cuando Liris consiguió salir de su perplejidad y empezó a debatirse, Gene la sujetó con fuerza inmovilizándola entre los brazos.

Ya se encontraban junto a las rocas.

CAPÍTULO IX

—Yo de ti no intervendría, Hulak.

La muchacha suspendió el movimiento de desenfundar la pistola y miró a Williams.

—Nuestra obligación es prestar ayuda a Liris. Gene se está comportando como un bruto y ella puede correr peligro.

Link Williams dejó escapar una risita socarrona.

—Ya te gustaría estar corriendo el mismo peligro que Liris.

—¿A qué te refieres?

—A que la brutalidad de mi amigo acabará por encantar a Liris, te lo aseguro, Hulak. Y lo mismo ocurrirá con vosotras si llegáis a disfrutar de la misma oportunidad.

Giny arrugó el ceño.

—No acabo; de entenderte, Link.

—Pues estoy hablando muy claro, nena. Dios creó al hombre y a la mujer para que formaran pareja. En Madosta vais contra esas leyes divinas y todo acabará fallando. Postergar a una de las dos partes no resulta bueno para ninguno de ellos.

Gobea también quiso intervenir en la discusión.

—¿Tratas de insinuar que el hombre puede llegar a nuestro mismo nivel, Link?

—Por lo menos, Gobea —esbozó una sonrisa Williams—, ¿Por qué no me contestáis a una pregunta con absoluta sinceridad?

Las tres chicas se miraron un tanto desconcertadas.

Hulak acabó desviando la vista hacia las peñas por las que habían desaparecido Gene y Liris.

Con un gesto de preocupación, insistió.

—Liris nos puede necesitar.

Williams sonrió burlón.

—Pues la verdad es que no escucho sus gritos desesperados solicitando ayuda, Hulak.

—Quizá no pueda gritar.

—De eso puedes estar segura.

Cerró Link los ojos y levantando el rostro al cielo agregó en actitud soñadora:

—En estos momentos casi os podría describir la escena que se está desarrollando entre ellos sin temor a equivocarme. Nada de brutalidades, todo muy suave y natural entre un hombre y una mujer.

Después abrió nuevamente los ojos y sin dejar hablar a las muchachas, inquirió:

—¿Qué hay de mi pregunta?

Hubo otro intercambio de miradas entre ellas y Giny resultó la más atrevida.

—Puedes formularla, Link.

Las pupilas de Williams destellaron una fracción de segundo y se pasó la lengua por los labios.

—Sólo deseo saber una cosa, chicas —titubeó brevemente y en seguida indagó risueño—: ¿En ningún momento de vuestras vidas habéis sentido la necesidad fisiológica de estar con un hombre? Os pido perdón por mi crudeza, pero es la forma más clara que encuentro para expresarme. Ahora podéis morderos los labios y dejar sin respuesta mi pregunta.

Las chicas tenían encendidas las mejillas.

Un largo silencio gravitó sobre los cuatro.

Cuando Link ya pensaba que no iban a contestarle, levantó la mirada Gobea y posó los ojos en él.

—¿De qué nos hubiese servido sentir ese deseo?

Link sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—Eso no responde a mi pregunta, Gobea.

Entonces fue Giny la que musitó sin mirarlo de frente:

—Ha ocurrido en ocasiones, Link —después de una breve pausa añadió, súbitamente acalorada—: Pero nada hubiéramos conseguido en el caso de expresar nuestros sentimientos, Link... La verdad es que... no me gustaría regresar jamás a Madosta, y supongo que lo mismo les ocurre a Hulak y Gobea.

Link observó un momento a las otras dos y por su silencio dedujo que pensaban igual que Giny. Movió la cabeza en sentido afirmativo y comenzó a decir en tono grave:

—Eso es muy lógico, chicas. Madosta es una ciudad regida por una minoría que impone sus condiciones. En realidad ese problema es viejo en el mundo. De poderse llevar a cabo una votación libre entre las mujeres del habitáculo... la mayoría dirían que sí al amor. Lo que sucede es que el Consejo prohíbe cuanto concierne al tema. ¿Me equivoco?

Giny movió la cabeza negando.

—No, Link.

—Y las componentes del Consejo se hallan influenciadas por la directora Asuna. Una mujer cuyo odio a los hombres parece no conocer límites, ¿eh?

Hulak lo miró con ansiedad.

—Aunque así sea, nada podemos hacer, Link.

Williams se quedó pensativo unos instantes y luego dejó escapar un resoplido.

—Siempre se puede hacer algo, Hulak. Va siendo hora de poner fin a esta absurda situación.

* * *

Con la espalda apoyada en la hierba del suelo, todavía se debatió varias veces Liris.

Gene continuó sujetándola fuertemente y echado de bruces sobre ella la volvió a besar a placer.

Al retirar la boca, dijo:

—¿Por qué no confiesas que una corriente eléctrica recorre tu cuerpo cuando te beso, Liris?

—¡Cerdo asqueroso…!

—Vamos, vamos, guapa. Ese lenguaje no está nada bien para una señorita. Si te empeñas voy a tener que llegar hasta el final.

De nuevo se inclinó sobre su rostro y la besó apasionadamente sin soltarla ni un instante. En esta ocasión la caricia se prolongó bastante y al fin se percató Gene de que los labios de Liris se entreabrían respondiendo, aún en contra de su voluntad, al beso.

Se retiró un poco y sintió en su mejilla la respiración jadeante de ella. Una respiración que llegaba a quemarle la piel. Y la voz femenina sonó extrañamente ronca al susurrar:

—Gene… Gene…

El joven tuvo la certeza de que la fortaleza comenzaba a derrumbarse.

Sentía el estremecimiento del turgente cuerpo femenino bajo el suyo y de nuevo se unieron sus bocas.

Y súbitamente gritó aterrada Liris:

—¡Gene…!

Brody respingó sobresaltado y se giró siguiendo la mirada de los ojos desorbitados de Liris.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

¡Una bandada de monstruosos lagartos de descomunal tamaño se aproximaba a ellos!

CAPÍTULO X

Los saurios, de terrible y amenazador aspecto, sobrepasaban el número de cincuenta y avanzaban hacia ellos mostrando las bocas abiertas descomunalmente.

El joven calculó que se hallaban a menos de diez metros de distancia. Escapar corriendo en dirección al bólido sería suicida ya que desarrollaban una velocidad superior a la que podrían llevar a cabo ellos.

Sólo había una forma de eludir el peligro, aunque fuera de manera provisional.

Brody levantó la vista hacia lo alto de la roca junto a la que se encontraban y calculó que tendría unos seis o siete metros de altura. Sin pensarlo dos veces señaló la cúspide a Liris.

—Tenemos que subir a lo alto.

—Podríamos llegar al bólido...

—¡Imposible! Vamos, no hay tiempo que perder, Liris.

Acto seguido comenzó a escalar las paredes casi rectas de la roca. A media ascensión se giró para ayudar a la muchacha, peno Liris también subía con gran agilidad y se encontraba cerca de él.

Los saurios llegaban ya a la base de la peña.

Lanzaban dentelladas al aire y Gene atenazó a Liris de un brazo tirando fuertemente de ella. El saurio más próximo a la base produjo un chasquido al entrechocar los dientes a unos veinte centímetros de

la pierna derecha de Liris.

La chica se estremeció de pavor.

Una vez en lo alto la sujetó Gene fuertemente enlazándola por la cintura.

Los lagartos comunes, convertidos por una extraña mutación en enormes bestias, daban grotescos saltos en el aire intentando alcanzar la cúspide de la roca.

La rodeaban por completo.

De repente, varios animales dieron la impresión de reparar en Link y las otras tres chicas y se lanzaron velozmente en dirección a ellos.

En la base de la roca donde se hallaban Gene y Liris permanecieron atacando no menos de una veintena. Seguían dando saltos intentando alcanzarlos entre sus mandíbulas.

Gene pidió a Liris:

—Dame tu pistola.

Sin embargo, no esperó a que ella se la entregara y empleando la mano libre la desenfundó él mismo. Acto seguido comenzó a disparar los rayos desintegradores sobre los saurios.

Algunos resultaron alcanzados de lleno y se revolcaron por el suelo con los blancos vientres al aire antes de empezar a desintegrarse paulatinamente.

Giny, Hulak y Gobea, lo estaban imitando y disparaban a su vez contra los lagartos situados en vanguardia.

Pero desde su elevado punto de observación comprendió Gene que jamás lograrían contenerlos, pues los que no eran alcanzados se encontraban cada vez más próximos al bólido.

Por desgracia, las mujeres de Madosta habían progresado escasamente en el perfeccionamiento de las armas de ataque y defensa. Aquellas pistolas desintegradoras eran totalmente convencionales y ya eran usadas en la primera etapa de su vida hacía bastantes años.

Crearlas fue un importante suceso en su época, pero tenían el defecto de una escasa autonomía. Después de quince o veinte disparos

había que esperar a que la diminuta batería de su interior las recargara. Una operación que tardaba de diez a catorce minutos.

Demasiado tiempo para Link y las muchachas si las municiones llegaban a agotarse.

Sabiendo que los lagartos no podían llegar hasta ellos y por lo tanto no tenían por qué preocuparse de momento, se desentendió Gene de ellos y gritó a los otros:

—¡Tenéis que huir de ahí!

Link levantó la cabeza y la movió en sentido negativo respondiéndole también en voz alta:

—Os sacaremos de ese lugar, Gene.

—No podéis hacerlo, Link —le respondió Brody impaciente—. Las cargas de las pistolas están a punto de agotarse y esos animales os destrozarán.

Al lado de Williams se encontraba Giny y corroboró:

—Gene tiene razón, Link. Si seguimos aquí unos minutos se nos echarán encima esas bestias sin darnos una posibilidad de escapar.

Link se pasó la mano por los cabellos.

—Pero las pistolas...

—La carga que poseen es muy limitada, Link.

Williams imprecó una furiosa maldición entre dientes.

—¡Maldita sea...! ¿Para qué diablos os sirven entonces esas puercas armas?

—En Madosta no teníamos enemigos, Link.

—Ya.

La pistola de Gobea dejó bruscamente de funcionar y la chica se la quedó mirando francamente atemorizada. Los saurios se encontraban cada vez más próximos.

Gene gritó desesperadamente desde la roca:

—¿A qué esperáis, Link? Subid al bólido y regresad lo antes posible a Madosta.

Williams titubeó y siguió ordenando Brody:

—Liris y yo esperaremos aquí vuestro regreso.

—No podemos dejaros ahí, Gene.

—¡Vamos, Link! ¿Acaso deseáis morir de una manera tan estúpida?

—Pero...

—No correremos ningún peligro mientras nos mantengamos en lo alto de la roca, Link. ¡Vamos, fuera de aquí!

Williams dio una cabezada de asentimiento y empezó a retroceder hacia el bólido. Gobea corrió también en dirección a él, mientras Giny y Hulak agotaban las cargas desintegradoras disparando contra los saurios más cercanos.

Aún no había puesto Link los motores en marcha, cuando súbitamente se consumieron las cargas de Hulak y Giny. Desde lo alto de la roca les ordenó Gene:

—¡Meteros en el bólido!

Viendo cómo Giny y Hulak giraban sobre los talones y emprendían una frenética carrera para introducirse en el vehículo, Gene utilizó la pistola de Liris para abatir a los lagartos que se hallaban cercanos al bólido.

Su puntería era extraordinaria.

Finalmente arrancó el bólido y diestramente conducido por Williams se elevó unos metros saliendo de la zona de peligro. Manejando los mandos pensó Link en la posibilidad de recoger a Gene y Liris, pero dada la pequeña plataforma superior de la roca aquello resultaba imposible.

No obstante voló hasta situarse cerca de ellos.

Por la abierta ventanilla, les gritó:

—Estaremos de vuelta lo antes posible. Tenéis que prometernos que nos vais a esperar sin moveros de ese lugar.

Gene sonrió dando una cabezada. Sostenía a Liris por los hombros con la zurda y ondeó la diestra en muda despedida.

El bólido se levantó en el cielo y emprendió la marcha hacia la

ciudad subterránea. Hacia la neblina contaminada…

* * *

—Esas bestias siguen ahí abajo, Gene.

—No tenemos ninguna prisa en bajar de aquí, Liris…

La noche había extendido su negro manto sobre el lugar y los dos jóvenes continuaban en lo alto de la roca. Habían tomado asiento en el reducido espacio y esperaban.

Gene emitió un gruñido.

—Si ese bólido hubiese dispuesto de un pequeño cañón desintegrador, por lo menos…

Después de un silencio forzó una sonrisa Liris.

—Sé Lo que estás pensando, Gene.

—¿Sí?

—Crees que hemos sido unas estúpidas fabricando un solo bólido y que nunca recibiremos ayuda efectiva de Asuna.

—¿Y estoy equivocado?

—Por completo.

—No me digas.

—En primer lugar ese bólido no es el único construido por nosotras, a pesar de lo que se te dijo. Dentro de Madosta se hallan otros cuatro bólidos preparados para salir al exterior en el instante que se estime oportuno, y provistos de cañones desintegradores de gran potencia, útiles para combatir a cualquier tipo de enemigo. Pero Asuna fue contraria a que lo supieras.

Gene arrugó el ceño.

—¿Por qué?

—Decidió que desconocieras el dato por si intentabas escapar al verte en el exterior. Como puedes ver, nuestros amigos podrían llegar a tiempo de salvarnos.

Hubo un silencio y mucho rato después lo rompió Liris susurrando quedamente:

—Gene…

—Dime.

—¿Era verdad todo lo que dijiste?

—Lo que dije… ¿cuándo?

Liris titubeó unos instantes.

—Ahí abajo… Poco antes de que aparecieran esos repugnantes animales interrumpiendo.

Brody dejó escapar una risita.

—Te sientes preocupada ahora que has dejado de ser esquizoide, ¿eh?

—¿Qué es eso?

—Esquizoide es la palabra que empleaban antiguamente los psiquiatras para definir a las personas encerradas en sí mismas, las que sentían como una especie de pantalla de cristal interponiéndose entre ellas y el resto del mundo.

—¿Crees que yo lo era?

—Sin ningún género de dudas, Liris. Por suerte para ti, estuve a tu lado para curarte. Ahora bien… —el joven hizo una pausa intencionada y agregó risueño—: ¿Y si te dijese que todo ha sido una farsa? ¿Que lo único que perseguía era divertirme un rato a costa tuya?

Las pupilas de la muchacha brillaron inusitadamente en la oscuridad y crispados los labios dijo:

—Te sacaría los ojos, Gene.

El joven volvió a reír bajito.

—Vas a perdonarme si he perdido la práctica de declararme después de pasarme tantos años metido en una «nevera», Liris. Dejando de lado la poesía, te diré sencillamente que estoy enamorado de ti. Que deseo ser tu compañero hasta el fin de mis días. ¿Lo entiendes?

Liris movió la cabeza afirmativamente aunque Gene no podía verla a causa de la oscuridad reinante. Sintiéndose feliz se pegó más a él y susurró:

—Bésame, Gene.

—No puedo, cariño.

Liris abrió los ojos sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque si nos movemos nos pegaremos el batacazo encima de los bichitos que siguen ahí abajo.

Liris adosó su cuerpo un poco más al del joven y éste emitió un gruñido.

—Ten paciencia o nos caemos, ¡infiernos!

De pronto sucedió algo que los dejó atónitos.

En distintas partes del lugar se encendieron potentes focos que iluminaron los contornos como si fuese de día.

Gene apenas si tuvo tiempo de sujetar a Liris por Los hombros y pegarse todo cuanto le fue posible a la diminuta superficie en la que se encontraban.

Bajo él pudo ver con absoluta claridad a los saurios que empezaron a removerse sorprendidos.

Y una voz masculina tronó procedente de las sombras:

—¡Disparad sobre ellos!

CAPÍTULO XI

Gene se sintió sacudido por un pánico incontenible.

En torno a la roca se habían ido congregando lagartos desde el anochecer y calculó que en aquellos momentos sobrepasaban el número de ciento cincuenta.

Rodeaban como una gigantesca mancha verde, escamosa, la base del peñasco. Pero a su vez, los focos de luz blanquísima se distribuían a su alrededor iluminándolos por completo.

Gene se mantuvo inmóvil sujetando a Liris por los hombros.

Y súbitamente asistieron los dos jóvenes a un espectáculo realmente dantesco.

De las zonas oscuras situadas tras los reflectores comenzaron a brotar rayos anaranjados que al chocar en la piel dura y escamosa de Los saurios los hacían desaparecer rápidamente con un chisporroteo nauseabundo.

Un hedor repugnante subió hasta el escondite de los dos jóvenes y éstos se vieron obligados a taparse la nariz con la mano, incapaces de respirar aquel aire.

Los saurios estaban siendo exterminados de una manera sistemática y rugían emitiendo extraños ruidos al tiempo que trataban de huir enloquecidos.

La voz bronca masculina volvió a escucharse rasgando el aire:

—¡No quiero que pueda escapar ninguno!

Otra voz, también masculina, le respondió desde detrás de los potentes focos.

—¡Esta vez no escaparán, Patrick!

—Debéis procurar que no puedan romper el cerco. Ya sabemos la peligrosidad de estos animales.

—Descuida, Patrick.

Gene Brody no cesaba de darle vueltas en la mente a todo lo que estaba sucediendo. Los hombres que manejaban los reflectores y las armas hablaban un inglés extraño que apenas si le era posible entender. La voz del llamado Patrick le dio la impresión de tener un leve acento tejano, pero no podía asegurarlo.

Los rayos anaranjados seguían brotando profusamente de la oscuridad y los enormes saurios continuaban rugiendo horriblemente mientras eran exterminados sin miramientos.

Pensó Brody que ninguno de los lagartos iba a conseguir escapar del cerco en que se hallaban.

Las armas que utilizaban los atacantes eran evidentemente modernas y con un poder destructor terrorífico.

Liris susurró junto al oído del joven:

—¿Qué podemos hacer?

En el mismo tono de voz, respondió Gene:

—De momento lo que estamos haciendo, seguir ocultos.

—¿Crees que nos descubrirán?

—Es posible.

—No sabemos la clase de personas que son, Gene. Descubrirnos ante ellos podría significar nuestra muerte.

—Y hacerles frente un suicidio. Lo mires desde el punto en que lo mires, lo tenemos muy mal.

—Si al menos llegaran a tiempo nuestros amigos de Madosta…

Brody emitió una suave risita sarcástica.

—Me asombras, Liris. Las mujeres de Madosta acusáis al hombre de destruir el mundo. Y ahora tienes en la cabeza la idea de luchar

contra esos desconocidos. ¿Te olvidas que son seres humanos?

Liris se mordió el labio y guardó silencio.

Entonces le dio Gene unas palmaditas en el hombro.

—No nos adelantemos a los acontecimientos, nena. Por ahora sólo podemos esperar y guardar silencio.

Ella movió la cabeza y musitó sumisa:

—Sí, Gene.

El joven asomó los ojos por el borde de la pequeña plataforma de la roca y observó que los saurios habían sido reducidos a menos de los que habían inicialmente.

Y tras los reflectores continuaban brotando aquellos rayos silenciosos y anaranjados.

La voz del jefe de aquella gente se dejó oír de nuevo:

—¡Adelantaros sin prisas y vayamos cerrando el cerco!

—Desde aquí los podemos liquidar del todo, Patrick.

—¡Obedece, Langlen!

Gene escuchó un resoplido y a continuación una voz que respondió:

—Está bien, Patrick.

Entonces descubrió el joven que los potentes focos se iban cerrando en el amplio cerco que describían en torno a la roca. Se adosó todo cuanto le fue posible a la superficie superior y obligó a Liris a que lo imitara.

La chica susurró temerosa:

—Nos descubrirán, Gene.

—No te preocupes y sigue pegada a la roca.

El olor nauseabundo les impedía respirar. Los ojos se les llenaron de lágrimas y en aquella situación tuvieron todavía que permanecer unos ocho minutos.

Hasta que los agresores de los saurios acabaron totalmente con ellos.

Cuando hubieron concluido el trabajo de exterminio los escuchó Gene reunirse junto a la base de la roca. Algunos focos se apagaron y la voz del jefe Patrick se dejó oír:

—Por fin hemos acabado con esas bestias.

—Ya podemos dormir tranquilos, ¿eh, Patrick? —sonrió otro de los misteriosos personajes—. A partir de ahora llevaremos una vida bastante menos agitada.

—¿Eso es lo que supones, Ronny?

Hubo un silencio y el llamado Ronny profirió un gruñido.

—Tú lo dijiste, Patrick.

—Pues olvídalo, Ronny. La verdad es que aún nos queda mucho trabajo por delante.

—¡Maldita sea, Patrick! —se quejó la voz de Langlen—. ¿Es que te propones quedarte solo en el mundo?

Gene escuchó una risita irónica y acto seguido replicó Patrick:

—¿Tiene eso algo de malo?

—La ambición nunca fue buena consejera, Patrick.

Entonces silabeó lleno de furia Patrick:

—¡El jefe, aquí, soy yo! ¿Lo habéis. entendido? Mis órdenes se cumplirán sin la menor discusión.

Hubo un silencio y se escuchó decir a Langlen:

—Lo que tú digas, jefe.

—Está bien. Ahora debemos regresar a la base. Nos vendrán bien unos días de descanso.

Gene y Liris pudieron escuchar los pasos de aquellos hombres alejándose de la roca. Poco después se fueron apagando los reflectores que aún seguían encendidos y el silencio más absoluto envolvió los alrededores.

No habían podido captar el leve ronroneo que siempre producían los motores de los bólidos al levantar vuelo, lo que significaba que aquellos seres se desplazaban caminando, o bien disponían de vehículos completamente silenciosos.

En cualquiera de los dos casos, el silencio era absoluto en torno a ellos.

Liris comenzó a dar señales de impaciencia y murmuró:

—¿Vamos a seguir aquí, Gene?

—Lo estoy pensando.

—No puedo continuar mucho tiempo aquí arriba.

Tengo los miembros entumecidos de no poder cambiar de postura.

—Me hago cargo, nena. Peno por lo menos ha desaparecido el nauseabundo hedor que estuvo a punto de ahogarnos. ¿Qué opinas tú que debemos hacer?

Liris tardó unos instantes en responder.

—Bajar de este lugar, Gene. Puesto que esos hombres se han marchado y los lagartos fueron exterminados, no veo la necesidad de seguir en lo alto de la roca.

—De acuerdo —cabeceó Brody—. Vamos a descender.

—Si crees que no es oportuno...

—Está decidido, Liris. Yo también opino lo mismo que tú.

Gene inició el descenso adoptando todo tipo de precauciones debido a lo vertical de la pared rocosa y a la oscuridad reinante. Se encontraban a medio descenso, cuando levantó la cabeza inquiriendo:

—¿Podrás bajar sola, Liris?

—No te preocupes por mí.

—Ten cuidado o nos pegaremos el trompazo.

—Descuida.

Poco después se encontraban ambos al pie de la peña y soltando un resoplido comentó Gene:

—Parece que te hayas criado en lo alto de una montaña en vez de en una alcantarilla.

—¿Qué es una alcantarilla, Gene?

—Algo semejante a vuestra Madosta, pero con menos comodidades y desde luego peor olor, nena.

—Ya.

Cuando hubieron recuperado por completo el aliento después del corto pero difícil descenso, se puso Liris frente al joven y súbitamente le echó los brazos al cuello.

Levantó el rostro ofreciendo los labios y susurró:

—Sigue por donde te quedaste, Gene.

Brody respingó sorprendido.

—¿Crees que son horas para andar jugando al amor, Liris? —masculló molesto, desprendiéndose de los brazos de ella—. Hay un tiempo para cada cosa, ¡infierno!

Ella lo miró perpleja.

—¿A qué hora se puede jugar al amor, Gene? —preguntó candorosa—. Yo creí que...

El joven se rascó la nuca y rezongó unas palabras apenas audibles entre dientes. Luego apuntó a la chica con el índice extendido y farfulló, ceñudo:

—Lo primero que debes aprender es que la iniciativa tiene que tomarla siempre el hombre.

—¿Por qué, Gene? Si a la mujer también le gusta el juego...

—No, guapa, no —dijo Gene—. Desde que el mundo es mundo siempre ha sido el hombre el encargado de hacer el canelo.

—¿El canelo?

—El primo, el imbécil, el vaina que cree seducir a la mujer cuando en realidad es al contrario.

Liris compuso una mueca de contrariedad.

—Pues ya va siendo hora de cambiar las reglas, ¿no...?

Gene emitió un profundo suspiro.

—Mira, Liris...

No pudo concluir la frase.

Junto a ellos sonó una voz amenazadora:

—Un movimiento sospechoso y os borro del mapa.

CAPÍTULO XII

El habitáculo donde se encontraban era semiesférico, como un balón de unos cuarenta metros de diámetro emergiendo hasta la mitad de la arena del suelo.

Y dentro de él lo más imprescindible para subsistir.

Patrick Herce y sus veinte hombres rodeaban a Gene y Liris escuchando atentamente el relato concienzudo que hacía el joven científico. Herce era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de cabellos blancos y rasgos serenos.

Al terminar de hablar, Gene se masajeó el mentón.

—Todo eso es demasiado fantástico, Brody.

—Me he limitado a decir la verdad escuetamente, Herce.

—¿Y dice que en esa ciudad subterránea, Madosta, los hombres viven como esclavos de las mujeres?

—Más o menos. Mi prometida Liris puede dar fe de todo cuanto les he dicho.

Al hablar recalcó Gene la palabra prometida, porque no le gustaba en absoluto las miradas codiciosas que lanzaban los hombres de Herce a la muchacha. El detalle no pasó desapercibido para el jefe de aquellos hombres, que esbozó una leve sonrisa.

—No se preocupe, Brody. No somos bestias. En cuanto a todo lo que ha relatado... tendremos que comprobarlo personalmente.

Hubo un silencio y añadió Patrick Herce:

—Supongo que se creían los únicos supervivientes de la catástrofe ocurrida, ¿me equivoco?

Brody movió la cabeza negando.

—No se equivoca, Herce. Aunque no descartaba la posibilidad de que hubieran otros supervivientes... la verdad es que tenía muy pocas esperanzas.

—Comprendo. —Herce hizo una pausa para en seguida agregar—: Y seguro que ahora arden en deseos de saber cómo hemos podido sobrevivir.

Gene no pestañeó al mirarlo a los ojos.

—Creo que tenemos derecho, Herce. Por nuestra parte no hemos tenido el menor inconveniente en explicar lo concerniente a nosotros.

Patrick Herce dejó transcurrir unos segundos y soportó la mirada del joven tranquilamente. Luego afirmó moviendo despacio la cabeza y empezó a decir:

—Nuestra aventura es menos fantástica, Brody... Treinta hombres y diez mujeres se hallaban en el fondo del Caribe, cuando todo aquello sucedió. Habitaban una estación submarina de investigación científica equipada con reproductores de oxígeno partiendo del agua del mar y con suficientes píldoras proteínicas almacenadas. A pesar de eso, se vieron obligados a ingerir alimentos del fondo del mar, durante muchos años.

—Siga, Herce.

—Entre aquellos hombres y mujeres se encontraban médicos, oceanógrafos, biólogos..., todos eran científicos. Por eso no les resultó difícil mantenerse en el fondo del Caribe el tiempo necesario hasta que la polución atmosférica desapareció de la Tierra. Nosotros somos parte de sus descendientes y formamos un pueblo de unos ciento veinte hombres y setenta mujeres. Nuestro hogar se halla ubicado en lo que antiguamente se llamó México. Hemos seguido evolucionando constantemente y disponemos en la actualidad de increíbles adelantos técnicos.

—¿Tienen emisora?

—La más potente que se pueda imaginar, Brody. Hasta hoy estábamos seguros de ser los únicos habitantes de la Tierra, puesto

que no pudimos establecer comunicación con otras personas a pesar de que continuamente lo estamos intentando.

—Puede darse algún caso similar al de Madosta.

—Es posible, pero no lo creo, Brody. Casi podemos estar seguros de que somos los únicos supervivientes de la catástrofe. ¿Quiere saber el misterio de los lagartos gigantes?

—Confieso que me tiene intrigado, Herce.

Patrick Herce dejó escapar una risita.

—También nos intrigó a nosotros al principio, Brody. No dábamos crédito cuando una de nuestras patrullas de exploración comunicó la presencia de esos animales al norte del poblado. Después, averiguamos que los saurios habían ingerido residuos de hidrógeno que suponíamos desactivados. Por lo visto, no fue así y la radioactividad les produjo esa horrible mutación. Tuvimos que organizar esta expedición de exterminio y gracias a Dios lo hemos conseguido.

Gene Brody no podía ocultar su asombro.

—¿Existen otros animales sobre la corteza terrestre?

Herce dio una lenta cabezada.

—No me pregunte cómo ha podido suceder, pero la verdad es que sí, Brody. Quizá la explicación se encuentre en que instintivamente buscaron las altas montañas donde la contaminación fue menor, o que tuvieran más resistencia física que el hombre. El caso es que existen incluso aves.

Distendió los labios en amplia sonrisa y continuó:

—Pero no se preocupen, porque siguen teniendo el tamaño normal de antes.

Gene quería indagar el máximo posible y preguntó:

—¿Qué puede decirme de la contaminación, Herce?

—Su hidratación en la atmósfera se llevó a cabo hace muchos años. En la actualidad sólo existen algunas zonas donde aún se conservan masas de polución, pero con tendencia a desaparecer. Opinamos que dentro de unos cinco años la atmósfera terrestre estará tan limpia como en la prehistoria, Brody.

—¿Cómo puede saber todo eso?

—Le he dicho que disponemos de extraordinarios adelantos técnicos. Esos extraños bólidos que han visto fuera son capaces de volar a una velocidad superior a los cinco mil kilómetros hora. Periódicamente enviamos patrullas de reconocimiento a distintos puntos del planeta. Por desgracia no hemos podido encontrar otros supervivientes.

Langlen, un sujeto fornido y de aspecto brutal, dijo llamando la atención de su jefe:

—Pero al final hemos tenido suerte, ¿eh, Patrick? Si es cierto que en Madosta se encuentran cinco mil quinientas mujeres..., ¿a cuántas vamos a tocar cada uno?

Patrick Herce lo fulminó con la mirada.

—No me gusta ese tipo de bromas, Langlen —advirtió, severo—. Tendrán que fijarse unas reglas constitucionales en un futuro próximo y aplicar los correctivos pertinentes, sin distinción de sexo, al que se salga de la ley. Te conviene recordar eso.

Langlen se mordió el labio y guardó silencio.

Patrick Herce siguió hablando dirigiéndose a Brody.

—Estimo que debemos ponernos en contacto con el Consejo rector de Madosta, Brody. Habrá que ir pensando en una sola comunidad donde todos seamos iguales, sin importar quién vaya a mandar en el futuro. ¿No cree que debamos permanecer juntos para reconstruir la nueva humanidad? El sistema de grandes o pequeñas parcelas dentro del mismo planeta lo considero absurdo.

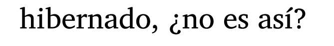
Brody dio una cabezada afirmativa.

—Estoy completamente de acuerdo, Herce. Una sola comunidad y una sola lengua para todos. El mundo dispone ahora de incalculables reservas, pero en las nuevas reglas constitucionales habrá que establecer unos apartados rígidos que nos impidan caer de nuevo en la destrucción de la Tierra.

—En efecto —Herce guardó silencio unos segundos—. Dígame una cosa, Brody.

—¿Qué?

—Según sus explicaciones ha permanecido ciento cuatro años


hibernado, ¿no es así?

—Sí.

—En su… vida anterior, ¿tuvo noticias de las estaciones submarinas distribuidas por el mundo?

Brody movió la cabeza afirmativamente.

—Sé dónde quiere ir a parar, Herce. Y no creo que lo ocurrido con la estación del Caribe se haya repetido. Yo mismo trabajé en una de esas estaciones, se hallaba situada en el Atlántico y tuve que abandonarla a causa de mi enfermedad. Los resultados obtenidos en esas estaciones no compensaban la inversión y empezó a perderse la fe en la utilidad de ellas. Al parecer sólo quedó la del Caribe.

—Comprendo.

Hubo un nuevo silencio y dijo Herce:

—¿Qué forma considera más segura para establecer contacto con la ciudad subterránea, Brody?

Liris se había pasado casi toda la noche sin apenas despegar los labios. Durante las horas que duró la reunión sólo se limitó a responder algunas preguntas sin extenderse demasiado.

Pero ahora se adelantó a Gene y aseguró:

—Tenemos un grave problema en el que al parecer no han reparado ninguno de ustedes.

Herce y Brody giraron la cabeza, mirándola.

Finalmente, inquirió el segundo:

—¿Qué problema, Liris?

—El bólido conducido por Link ha tenido tiempo de llegar a Madosta y regresar. Vendrá acompañado de otros cuatro bólidos, armados con potentes cañones desintegradores. Y aunque yo esté completamente de acuerdo con vuestras ideas… me temo que Asuna pensará de distinta forma.

Herce y Brody guardaron silencio unos segundos.

El joven científico observó la luz diurna que se filtraba desde hacía un buen rato por las ventanas del semiesférico habitáculo y pensó que Liris tenía razón. Link Williams y las mujeres estarían a

punto de llegar a aquel lugar.

—¿No podemos establecer contacto con ellos? —preguntó inquieto a la muchacha.

Liris sacudió la cabeza preocupada.

—Imposible. Por muy potente que sea la emisora de Herce sería imposible encontrar la frecuencia particular que empleamos nosotras. Ni yo misma puedo decir cuál es.

Gene imprecó una maldición entre dientes.

—¡Pues estamos listos!

CAPÍTULO XIII

En la explanada se encontraban alineados cuatro bólidos de líneas aerodinámicas. Los hombres de Herce se distribuían a cinco por cada vehículo y permanecían atentos al celeste horizonte.

Sobre el techo de los bólidos, unos cortos cañones semejantes a los que en la antigüedad se utilizaban en los carros de combate convencionales, apuntaban al Oeste.

Detrás de cada cañón, un hombre.

Patrick Herce estaba junto al primero de los bólidos y a su lado, Liris y Gene observaban intranquilos la lejanía. Los dominaba una gran tensión y se denotó en la voz del joven al inquirir:

—¿Cómo piensa resolver el problema, Herce?

—Yo no tengo problema, Brody.

—¿Qué…?

—El problema lo tienen las mujeres de Madosta. Tengo la seguridad de que nuestras armas son bastante más eficaces que las de ellas.

Gene se giró mirándolo ceñudo.

—No pensará disparar sobre esos bólidos en cuanto asomen, ¿eh, Herce?

El otro tardó unos instantes en responder.

—Haré cuanto esté en mis manos por evitarlo, Brody. Pero de ningún modo estoy dispuesto a consentir que muera ni uno de mis hombres. Nuestra seguridad personal está por encima de todo.

Liris asistía a la discusión con el rostro lívido, crispadas las facciones.

—Tiene… tiene que existir un medio de evitar una matanza, Herce —musitó—. Por favor…

Patrick Herce la cortó con un ademán:

—Perdone, Liris. Intentaré agotar todas las posibilidades antes de dar orden de disparar contra sus bólidos. Hace media hora que uno de mis hombres se encuentra tras la emisora intentando contactar con ellos, sin que hasta el momento haya conseguido algo positivo. Seguiremos emitiendo hasta el último instante.

Gene se pasó la mano por el rostro.

—Piénselo despacio, Herce. Si derriba esos bólidos imposibilitará el diálogo en el futuro.

—¡Maldita sea, Brody…! ¿Acaso supone que no he pensado en ello? Pero no me queda otra alternativa que actuar en la forma que lo hago. La vida de veinte hombres que confían plenamente en mí depende de la decisión que tome.

—En esos bólidos también vendrán personas, Herce —insistió Brody—. Sería absurdo que los escasos supervivientes que quedamos en la Tierra nos elimináramos los unos a los otros.

Patrick Herce dio un furioso manotazo al aire y dejó escapar un ruidoso resoplido.

—Escuche, Brody… Deme una solución en la que no tenga que arriesgar las vidas de mis hombres y le prometo que la llevaré a la práctica.

—Pueden ocultar estos vehículos tras las rocas hasta que Liris y yo hablemos con ellos.

—No puede ser, Brody. He escuchado perfectamente las explicaciones de la chica asegurando que los cuatro bólidos que se acercan disponen de radar ultrasensible. ¿Cuánto calcula que tardarían en descubrirnos y eliminarnos si se lo proponen?

Gene apretó los maxilares.

—¿Por qué tienen que venir, precisamente, en plan agresivo?

—Yo no lo he dicho, Brody —gritó Herce—. Son ustedes los que anunciaron esa posibilidad.

Liris asintió preocupada.

—No le falta razón a Herce, Gene.

En eso intervino uno de los hombres de Herce que escrutaba una pantalla en el vehículo más próximo a ellos:

—Ya es tarde para intentar contenerlos, Patrick. Cinco bólidos surcan el cielo en dirección a nosotros.

Herce, Gene y Liris levantaron la mirada.

De momento no pudieron descubrir la situación de los vehículos que se aproximaban. Pero a los pocos segundos pudieron verlos en el horizonte avanzando en línea recta hacia ellos.

Venían a moderada velocidad, como si estuvieran escrutando el terreno, buscándolos. Calculó Gene que la altura que traían no superaba los cien metros y eran cinco en total.

De pronto se sorprendió al escuchar junto a él la orden seca de Herce a sus hombres:

—Todos preparados para hacer fuego al menor síntoma de agresividad. Yo daré la orden.

Liris tenía blanco como la cera el semblante y Gene le pasó el brazo por los hombros.

—Sería mejor que te alejaras dé aquí, nena.

Ella denegó en silencio. Sus ojos permanecían clavados fijamente en las cinco naves, cada vez más cercanas.

Herce inquirió, dirigiéndose una vez al hombre sentado detrás de la emisora:

—¿Has podido establecer contacto, Rick?

La respuesta fue negativa, desalentadora.

—No, Patrick. Es como si esa gente no tuviesen receptores.

Los bólidos de Madosta se hallaban ya a tiro y súbitamente se abrieron unas compuertas bajo ellos.

Gene apretó las mandíbulas porque vio que de las aberturas inferiores comenzaron a salir lo que sin lugar a dudas eran cañones desintegradores.

Y apuntaron directamente a los bólidos de Herce.

Este emitió un suspiro y dijo sin girarse al joven:

—No tengo otra alternativa que disparar sobre ellos, Brody.

* * *

—¡Ya lo tengo!

La exclamación repentina de Gene cogió desprevenidos a Herce y Liris, que por un instante creyeron que el joven había perdido el juicio. Antes de que se repusieran de la sorpresa ya tenía Gene a Patrick Herce aferrado del brazo.

—¿A qué altura pueden volar sus bólidos, Herce? ¿Cree que pueden superar los quinientos metros?

Herce lo miró incrédulo.

—¿Quinientos metros? Naturalmente que pueden. En condiciones normales climatológicas son irrisorios quinientos metros...

—¡No hay tiempo que perder, Herce! —lo atajó Gene hablando vehemente—. Bastará con elevarse a esos quinientos metros para estar fuera del alcance de los bólidos de Madosta.

Patrick Herce titubeó brevemente.

—Oiga, Brody...

—¡Por favor, Herce! —volvió a cortarlo el joven—. No hay tiempo de discusión ahora. Monten en sus vehículos y suban rápidamente a quinientos o seiscientos metros. Nosotros, Liris y yo, nos quedaremos en tierra para explicarles lo que ocurre.

Liris había captado la idea de Gene y corroboró hablando a toda prisa:

—Nuestros bólidos tienen un techo de trescientos metros, Herce. Se desintegrarán si subieran más.

Patrick Herce era un hombre inteligente y de rápidos reflejos. Lo demostró metiéndose en el interior de su vehículo, al tiempo que ordenaba a las otras unidades:

—¡Disponéis de tres segundos para elevaros a seiscientos metros! Que nadie vaya a disparar.

Gene Brody dejó escapar un profundo suspiro de alivio al ver que los bólidos de Herce se elevaban verticalmente a increíble velocidad y en seguida se situaban por encima de los que llegaban.

Estos no tuvieron tiempo de reaccionar y ninguno de ellos llegó a disparar sobre los que se retiraban.

Gene pasó el brazo por los hombros de Liris y la atrajo cariñosamente, besándola en la frente.

—Supongo que ha pasado el peligro, querida.

Liris compuso un gesto.

—Espero convencer a Asuna, Gene.

Minutos después, las cinco naves procedentes de Madosta se posaban en el suelo a escasa distancia de los dos jóvenes. Link Williams fue el primero en saltar a tierra y corrió a palmear el hombro de su compañero Brody.

—Dudaba de volver a verte con vida, Gene.

—Me alegro mucho de veros, Link.

Con Williams descendieron hasta veintitrés mujeres pertenecientes a Seguridad, entre las que se encontraban Giny, Hulak y Gobea. También las acompañaba Ratna, la tercera mujer con mando en la ciudad subterránea, después de Asuna y Liris.

Fue Ratna la que se situó frente a Liris y señaló haciendo un ademán a las naves de Herce inmovilizadas sobre ellos.

—¿Quiénes son, Liris?

—No te preocupes en absoluto, Ratna —sonrió Liris—. Es largo de explicar, pero podéis estar tranquilas. No corréis el menor peligro.

Ratna miró forzando una leve sonrisa a su amiga.

—Habéis corrido una extraordinaria aventura, ¿eh, Liris?

—En efecto, Ratna. ¿Cómo no ha venido Asuna con vosotras?

La mirada de Ratna se ensombreció un tanto y mirando fijamente a su compañero, informó:

—Asuna ha muerto, Liris. Un fallo cardíaco que fue imposible de contrarrestar —hizo una breve pausa y luego añadió—: Se celebró una reunión urgente del Consejo y ahora eres tú nuestra directora. Te elegimos por absoluta mayoría.

Liris contemplaba atónita a Ratna.

—¿Que Asuna ha muerto...?

—No ha podido ver realizado su sueño de abandonar la ciudad subterránea, Liris.

La nueva directora abatió la cabeza.

—Pobre Asuna.

Ratna emitió un suave carraspeo y dijo:

—Aún hay más, Liris.

—¿Sí?

—Excepcionalmente se permitió que Link Williams hablara en el Consejo y expuso algunas teorías relacionadas con el hombre y la mujer. Entre otras cosas, dijo que en Madosta se trataba a los hombres de manera inhumana, que hombres y mujeres deben convivir juntos en paz y armonía, que es absurda la idea de culpar de todo lo sucedido en la Tierra al varón.

AI callar Ratna esperó unos instantes Liris y después indagó:

—¿Qué reacción hubo entre las componentes del Consejo, Ratna?

—Bueno... creo que todas nosotras estamos un poco hartas de la vida que llevamos actualmente, Liris. La verdad es que...

Gene asistía divertido a la conversación de las dos mujeres.

Liris forzó una sonrisa al observar que Ratna guardaba silencio.

—Dime una cosa, Ratna.

—¿Qué, Liris?

—¿Se puso a votación el proyecto de igualdad absoluta entre el hombre y la mujer?

Ratna miró turbada al suelo.

—Sí, Liris.

—¿Y cuál fue el resultado?

—Se aprobó por aplastante mayoría, Liris —murmuró Ratna y acto seguido se apresuró a aclarar—: Claro que tú puedes ejercer el derecho a veto si lo deseas.

Liris rió alegremente.

—¿Derecho a veto?

—Nuestros estatutos te otorgan ese privilegio, Liris.

La nueva directora siguió riendo.

—¿Quieres saber lo que pienso del proyecto, Ratna?

Sin aguardar la respuesta de su compañera, giróse a Brody y le guiñó un ojo.

—¿Es hora de jugar al amor, Gene?

El joven movió la cabeza, riendo también.

—Por lo menos daremos ejemplo, guapa.

Y cogiendo a Liris entre Sus brazos, la apretó contra su pecho besándola en los labios ante el asombro de las otras mujeres.

* * *

Se tardaron quince días en evacuar a todos los habitantes de Madosta y trasladarlos al poblado ubicado en el golfo de México. Fue una tarea ardua que requirió la total colaboración de hombres y mujeres. Pero todos se unieron dispuestos a construir lo que sería, con el tiempo, la primera ciudad de la Nueva Era.

La ferocidad de las mujeres de Madosta hacia los varones, que se había conservado dentro de ellas durante casi un siglo, acabó diluyéndose como un terrón de azúcar en agua caliente.

Los hombres que fueron sacados a la superficie procedentes de la planta D, no se encontraban en tan mal estado físico como Gene había supuesto. Incluso algunos de ellos —los eternos descontentos— se quejaron de que los sacaran de allí para hacerles trabajar, cuando en la planta D tenían comida, descanso y mujeres.

Patrick Herce fue elegido por votación popular presidente del nuevo Consejo que se formó para regir de manera ecuánime el destino de la nueva comunidad. Gene Brody, Liris y Link Williams se comprometieron a colaborar con Herce en la elaboración de unas leyes que todos tendrían que respetar.

Y como era lógico, los casamientos menudearon.

Link Williams se unió a Giny.

Todos los hombres sin pareja en el poblado de Herce se apresuraron a buscar compañera entre las mujeres de Madosta.

El propio Patrick Herce se enamoró de la dulce Ratna y acabó casándose con ella.

Pero la primera unión oficial fue la llevada a cabo entre Liris y Gene Brody,

La muchacha supo al fin lo que podía proporcionarle el amor apasionado y viril de un hombre.

Y le gustó mucho, según sus propias palabras.

Por eso, en aquel esplendoroso atardecer junto al mar, tendida en la dorada arena al lado de Gene, susurró :

—¿Aquí se puede jugar al amor, cariño?

El joven se hallaba distraído y se sorprendió por las palabras susurradas por la chica junto a su oído. Cuando se percató de las pretensiones de Liris emitió un suspiro.

—Estoy agotado, nena.

—¿De qué?

—De... trabajar, ¡infiernos! —estalló Gene—. Hace un montón de días que no he parado ni un momento. Y aún nos queda bastante tarea hasta que la ciudad se encuentre totalmente acabada.

—¿Quién piensa en la ciudad ahora, guapo?

Gene dejó escapar un resoplido.

—¿Cuándo aprenderás, Liris? El hombre puede llamar a la mujer guapa y resulta natural. Pero no suena bien que la mujer se lo diga al hombre. ¿Lo entiendes?

—Es muy complicado, Gene.

—Pues te lo tienes que meter en la cabeza de una maldita vez, ¡infiernos! El otro día, cuando me llamaste ricura delante de Patrick y Link, me pusiste en ridículo.

—Pero tú, a veces, me llamas de esa manera, Gene.

—Es distinto, Liris. Ya te lo he dicho.

—Lo que ocurre es que ya no me quieres como al principio, Gene —le acusó enfadada—. Y yo creí que…

Conteniendo un sollozo echó a correr por la playa.

Gene emitió un suspiro de resignación y también se levantó emprendiendo una carrera detrás de ella.

Cuando consiguió alcanzarla, la enlazó por la cintura y ambos rodaron por la arena. Gene quedó sobre ella, la sujetó fuertemente por los hombros y resolló:

—De modo que ya no te quiero, ¿eh?

Liris tenía el rostro encendido por la carrera y arrugó el ceño mirándolo al fondo de los ojos.

—Eso parece, Gene —después de una breve pausa, añadió—: Cuando el amor es verdadero se debe demostrar todos los días.

Brody dijo algo entre dientes. Luego masculló: —Eso me temo, nena, eso me temo.

Empezó a besarla con cierta desgana, pero a los pocos instantes lo hacía con excitante avidez. Los cálidos labios de Liris tenían la facultad de hacerle perder la cabeza.

Y así sería siempre.

F I N